



TÍTULO: De la Cooperación al Conflicto entre Rusia y Ucrania (2004 - 2022): un Análisis desde el Realismo Neoclásico.

NOMBRE: Franco David Matas.

CARRERA: Lic. en Relaciones Internacionales.

LEGAJO: M-3187/9.



Agradecimientos

A Dios, por no soltarme la mano cuando menos lo merecía, y a la Virgen de Luján, por darme aliento para no tirar la toalla.

A mis padres, Fabiana y David, por su apoyo incondicional, su esfuerzo constante y por sembrarme el amor por la Verdad y lo Bueno; gracias a sus raíces, y al apellido que me dieron, hoy puedo aspirar a ser el primer universitario con el apellido Matas.

A mi abuelo Ernesto, por las largas charlas de historia y política que despertaron en mí una vocación y orientaron mi interés académico.

A mi mujer, Camila, el amor de mi vida: por ser mi sostén diario, por las noches en vela cuidando sola de Felipe, y las horas de paciencia que me permitieron avanzar en cada exámen y cada etapa de este trabajo.

A la Universidad Nacional de Rosario y a todas las personas que aportan y sostienen la educación en Argentina, por creer en el estudio como herramienta de transformación y movilidad social.

A mis compañeros de Alternativa, especialmente Fede, Cande y Turco, por los mates, las madrugadas de estudio y la camaradería que hicieron posible llegar hasta aquí.

A mis amigos y mentores, Santi y Pablo, por enseñarme que la vida exige tomar partido y por acompañarme con sus consejos y ejemplo.

A mi director de tesina, Esteban, por su paciencia ante mi ansiedad, su honestidad intelectual y su guía clara para definir y construir este trabajo.

A todos los que, de una u otra forma, aportaron tiempo, apoyo o ánimo en este camino: mi más sincera gratitud.



Índice

Introducción — pág. 4.

Capítulo 1 – Entre la cooperación y el conflicto: miradas teóricas sobre la relación Rusia–Ucrania (2004–2022) — pág. 11.

Capítulo 2 – De la cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania (2004–2022) — pág. 27.

Capítulo 3 – Cambios en la estructura internacional y regional y su impacto en la relación Rusia–Ucrania — pág. 39.

Capítulo 4 – Del Russkiy Mir a la guerra: pensamiento político ruso y estrategia en Ucrania — pág. 50.

Conclusiones finales — pág. 59.

Bibliografía — pág. 63.



De la Cooperación al Conflicto entre Rusia y Ucrania (2004 - 2022): un Análisis desde el Realismo Neoclásico

Introducción

Rusia ha sido objeto de un interés persistente en Occidente, donde se la percibe en gran medida como un enigma, siendo el país más extenso del mundo y con una identidad que está marcada por un profundo misticismo político, cultural y religioso. La tierra de los zares y de los soviets supremos se presenta como un país que se supo extender, de forma contigua, sobre tres continentes (Europa, Asia y América), que durante siglos conquistó tierras lejanas hasta alcanzar al Este el Océano Pacífico y que se transformó en el Estado más vasto del planeta y que, aún en medio de cambios políticos, revoluciones y guerras, ha sabido mantener una identidad poderosa y profundamente arraigada. La fe ortodoxa, abrazada por Vladimir de Kiev¹ en herencia del Imperio Bizantino, llegó a promover la visión en las élites rusas de que ellas tenían la misión de convertirse en la *Tercera Roma*². La Ortodoxia, con su peso espiritual y cultural, le otorgó a Rusia un carácter particular, casi místico, que atravesó desde el zarato hasta la Unión Soviética, y que hoy, paradójicamente, convive en símbolos que unen la bandera imperial con la soviética de la hoz y el martillo en un mismo imaginario nacional³.

¹ Vladimir I de Kiev (958–1015), llamado “el Grande”, fue gran príncipe de la Rus de Kiev. En 988 adoptó el cristianismo ortodoxo de Bizancio e impulsó el bautismo de su pueblo, lo que marcó el inicio de la cristianización de los eslavos orientales y los cimientos religiosos y culturales del futuro Estado ruso (Cross & Sherbowitz-Wetzor; 2023).

² Tras la caída de Constantinopla (1453), los zares de Moscú se presentaron como herederos de Bizancio y de la ortodoxia, desarrollando la idea de Moscú como la “Tercera Roma”, centro espiritual y político del mundo cristiano oriental.

³ En la Guerra de Ucrania (2022-Actualidad), se han llegado a ver soldados rusos festejando sus victorias con tres banderas: la bandera del Imperio Ruso, la bandera del Principado de Moscovia y la



En el siglo XX, Rusia emerge como un enigma apasionante: para mediados de la centuria era uno de los 3 países más poblados del mundo, el primero en donde triunfa una revolución marxista, materializada en la praxis leninista (“*El Estado y la Revolución*” de Vladimir Lenin)⁴ que marcó no solo a su pueblo sino también al mundo entero. Lo soviético, que en su momento fue una identidad internacionalista, hoy reaparece como emblema nacionalista dentro del llamado Ruskiy Mir⁵, la idea de un mundo ruso compartido que trasciende las fronteras del Estado.

En él, el territorio geográfico que hoy ocupa Ucrania tiene un lugar central. Su nombre mismo significa en idioma ruso “tierra fronteriza”. No es solo un vecino: es la tierra fundacional de la *Rus*⁶, el lugar en donde Vladimir de Kiev frenó invasiones de hordas de pueblos túrquicos y jázaros salvaguardando el naciente Estado ruso. Para Moscú, Ucrania no es únicamente una frontera, es parte de su origen y de su visión civilizatoria. Los pueblos eslavos aún practicaban creencias paganas de raíz nórdica cuando Vladímir impulsó su conversión al cristianismo mediante un bautismo masivo en las orillas del río Dniéper⁷. Desde las estepas de los territorios ucranianos, han penetrado las invasiones mongolas, napoleónicas y nazis, hechos históricos que casi llevan al colapso de la civilización rusa (Sáenz; 1989). Las clases dirigentes rusas no perciben una Rusia potencia, si no es con una Ucrania alineada, es decir, neutralizada y no hostil.

La transición de cooperación a conflicto entre Rusia y Ucrania (2004-2022) constituye un caso clave para comprender la dinámica del poder en Europa del Este y sus implicancias globales. Este período, que incluye la Revolución Naranja, la

Bandera de la Victoria soviética (que fue la que flameó en el Reichstag alemán en 1945 luego de la capitulación alemana ante las tropas comandadas por Stalin).

⁴ La obra de Lenin es superadora de la teoría marxista clásica porque sistematizó y concretó las ideas dispersas de Marx y Engels sobre el Estado, transformándolas en un programa político aplicable a la revolución de 1917. Su publicación, en vísperas de la Revolución de Octubre, le dio un fuerte carácter programático y marcó la estrategia bolchevique.

⁵ El concepto de Ruskiy Mir (“Mundo Ruso”) designa la idea de una comunidad cultural, espiritual y política que une a Rusia con los pueblos eslavos orientales y a la diáspora rusa, bajo la tradición ortodoxa y el legado histórico de la Rus de Kiev; en la actualidad, se ha usado también como justificación ideológica de la política exterior rusa tanto por dirigentes como Putin o Medvedev como también por ideólogos como Dugin.

⁶ Según Nikolái Karamzín (1978), el nombre “Rus” se vincula a los varegos, en cuya lengua antigua estaba relacionado con el “remo”. De esos varegos procedería Rúrik, considerado el primer príncipe de la Rus y fundador de la dinastía Rúrikovich, origen de la monarquía rusa en el territorio de la actual Rusia europea.

⁷ El río Dniéper, con 2.200 km de extensión, es el principal curso de agua de Ucrania y atraviesa ciudades clave como Kiev, dividiendo geográficamente al país en Oeste y Este.



anexión de Crimea⁸, el fracaso de los Acuerdos de Minsk y la invasión rusa a gran escala, evidencia cómo factores estructurales del sistema internacional interactúan con elementos internos de Estados vulnerables como Ucrania, considerado como Rusia como un espacio vital para ella.

El análisis resulta relevante porque permite aplicar y contrastar teorías neorrealistas, desde Waltz y Mearsheimer hasta aportes geopolíticos como los de Brzezinski y Dugin, integrando perspectivas occidentales y rusas, para centrarse en un análisis desde el realismo neoclásico, abordando las motivaciones profundas en la decisión política rusa de enfrentarse a una Ucrania apoyada por la OTAN y la Unión Europea⁹. Con ello, se busca superar los sesgos interpretativos dominantes y ofrecer una visión multidimensional que considere tanto la seguridad estructural como las disputas culturales y civilizatorias.

El enfrentamiento entre Rusia y Ucrania, particularmente en el período de 2004 a 2022, evidencia una transición compleja de relaciones de cooperación hacia un conflicto abierto. Esta transformación impactó en las relaciones bilaterales y modificó el balance de poder a nivel regional y mundial, provocando un efecto considerable en la estructura de seguridad europea.

El objetivo general es analizar la transición de la cooperación al conflicto en las relaciones entre Rusia y Ucrania durante el período 2004-2022, utilizando el marco teórico del realismo neoclásico para identificar los factores estructurales, externos e internos que influyeron en esta evolución.

⁸ Crimea ha ocupado históricamente un lugar central en la estrategia rusa. Desde el siglo XVIII, el Imperio ruso anheló su control por su posición en el mar Negro y, en particular, por contar con un puerto de aguas cálidas en Sebastopol, que no se congela en invierno y resulta clave para la proyección naval. Tras la Segunda Guerra Mundial, la península contaba con mayoría étnica rusa, pero en 1954 fue transferida de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia a la de Ucrania por decisión de Nikita Jrushchov, en el marco de la política soviética de “amistad de los pueblos”. Esta cesión, percibida como administrativa en su momento dentro de la URSS, se convirtió tras la independencia ucraniana en un punto de fricción constante en las relaciones ruso-ucranianas.

⁹ Algunos analistas estiman, inclusive del The Kyiv Independent, que Rusia produce más municiones en un trimestre que lo que la OTAN puede producir en todo un año, lo que le permite sostener un ritmo de fuego muy superior. Esta capacidad industrial le ha dado a Moscú una ventaja en el campo de batalla, ejerciendo presión constante en varios frentes. En contraste, Ucrania y sus aliados occidentales han debido enfrentar serias limitaciones para cubrir esta brecha, ya que gran parte de la producción de municiones de la OTAN se destina directamente al esfuerzo ucraniano (FORNUSEK, 2023).



La tesina se organiza en cinco capítulos. El primero aborda el marco teórico, y cada uno de los cuatro restantes correspondiente a un objetivo específico. Estos son:

1. Describir el paso de cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania entre el 2004 y el 2022.
2. Analizar el pasaje de la cooperación al conflicto a través del prisma del realismo neoclásico, identificando sus principales aportes y mostrando, de forma contextual, las limitaciones analíticas de otros enfoques como el institucionalismo liberal y el neorrealismo.
3. Examinar los cambios en la estructura del sistema internacional y regional que incidieron en la relación bilateral, como la expansión de la OTAN, las políticas de la Unión Europea y las respuestas de Rusia.
4. Identificar cómo los principales pensadores rusos influyeron en la toma de decisiones rusa con asidero en discursos de Putin y sus principales hacedores de política, para dar cuenta del paso de la cooperación al conflicto con Ucrania.

La hipótesis de la presente tesina es el planteo de que la transición Rusia–Ucrania no se explica solo por la alteración estructural del equilibrio regional (expansión OTAN/UE), sino también por cómo esa presión sistémica fue filtrada por las percepciones de amenaza de las élites rusas, la capacidad estatal y cohesión de la clase política rusa para ejecutar políticas coercitivas, y las narrativas identitarias (p. ej., *Russkiy Mir*) que legitimaron el uso de la fuerza. La combinación de estructura y filtros domésticos produjo respuestas crecientemente coercitivas (2014–2022).

El realismo neoclásico plantea que las decisiones de los Estados no dependen solo de presiones externas, sino de cómo las élites perciben esas amenazas y de la capacidad estatal para responder (Rose, 1998; Zakaria, 1998). En el caso ruso, la percepción de que la pérdida de Ucrania significaba un retroceso histórico y estratégico llevó a Putin, apoyado en un Estado centralizado y con recursos energéticos y militares, a reaccionar de forma firme frente al avance occidental en la región. Con relación al Estado del Arte, se han realizado diferentes investigaciones desde la lente del realismo neoclásico.



Norris M. Ripsman y Jeffrey W. Lobell, en *Neoclassical Realist Theory of International Politics* (2016), profundizan esta línea al subrayar que la política exterior debe entenderse como una interacción entre presiones sistémicas y variables domésticas. Aplicado a Rusia, su esquema explica cómo las percepciones de amenaza de las élites y la estructura interna del régimen condicionaron la respuesta frente a la expansión de la OTAN y la UE.

Por su parte, Samuel Charap y Timothy Colton, en *Everyone Loses: The Ukraine Crisis and the Ruinous Contest for Post-Soviet Eurasia* (2017), aplican directamente el enfoque neoclásico al conflicto ruso-ucraniano. Argumentan que la crisis fue un “juego de suma negativa” donde tanto Rusia como Occidente interpretaron las acciones del otro como hostiles, y en el que la debilidad institucional ucraniana y la visión amenazada del Kremlin contribuyeron a la escalada del enfrentamiento.

En esta misma línea, Turcu (2023) analiza la decisión rusa de invadir Ucrania bajo la lógica del “todo o nada”. Su estudio sostiene que, además de las presiones derivadas de la expansión de la OTAN y la incapacidad rusa de sostener su estatus de gran potencia post fin de la Guerra Fría, fueron determinantes las percepciones de las élites y la centralización del poder en el Kremlin. El autor concluye que el realismo neoclásico permite comprender por qué Moscú optó por una estrategia arriesgada, influenciada por variables internas que derivaron en un error de cálculo sobre la capacidad real de Rusia para sostener el conflicto.

Complementariamente, Narizny y Glass (2023) desarrollan un modelo condicional de realismo neoclásico centrado en la capacidad estatal y lo aplican al caso ruso. Según esta lógica, las presiones sistémicas sólo pueden traducirse en políticas eficaces si el Estado tiene los recursos y la institucionalidad para ejecutarlas. En el caso de Rusia, la modernización militar coexistió con limitaciones administrativas, corrupción y rezagos tecnológicos que redujeron la eficacia del balance frente a Occidente. El análisis muestra que la guerra revela los límites de una mirada exclusivamente estructural y resalta la utilidad del realismo neoclásico para explicar la brecha entre ambiciones internacionales y capacidades internas.



Desde el neorrealismo, se remarca la relevancia geopolítica de Ucrania para Rusia. Desde el prisma realista neoclásico, se destaca, como antes se mencionó, la importancia de la cuestión estructural pero acentuando la percepción de los dirigentes rusos. No obstante, se destaca que estos análisis suelen ser mayoritariamente realizados desde universidades y centros de estudios occidentales, por lo cual no dejan de abordar la cuestión ruso-ucraniana desde categorías y puntos de vista europeos o norteamericanos, sesgando parcialmente la comprensión de la realidad de la situación. Diferentes analistas occidentales han precipitadamente e ingenuamente concluido que el conflicto entre Ucrania y Rusia se genera producto del neozarismo de Putin o de su ambición de restaurar la ya extinta Unión Soviética (Shuster, 2021; Dickinson, 2024, 2025; Shevtsova, 2014; Hill & Stent, 2022; Michta, 2025; Sonin, 2024; Kolesnikov, 2024). Por otro lado, los escritos ucranianos y rusos, hablan, principalmente, en términos de realismo clásico, centrándose en la discusión de costo político de la postura social militar necesaria para la guerra (Trenin, 2022; Tsygankov, 2024; Kapitonenko, 2025). En conjunto, estas perspectivas demuestran que el realismo neoclásico ofrece un marco adecuado para comprender el conflicto entre Rusia y Ucrania, al combinar la estructura del sistema internacional con las percepciones de las élites gobernantes, principalmente del Estado ruso. Este trabajo intentará enmarcarse en dicha discusión y aportar al debate académico sobre el tema enfocándose en las apreciaciones de la élite gobernante rusa, intentando encontrar una trazabilidad en cómo la lente rusa ve a Ucrania.

El análisis resulta relevante porque permite aplicar y contrastar teorías neorrealistas, desde Waltz y Mearsheimer hasta aportes geopolíticos como los de Brzezinski y Dugin, integrando perspectivas occidentales y rusas, para centrarse en un análisis desde el realismo neoclásico, abordando las motivaciones profundas en la decisión política rusa de enfrentarse a una Ucrania apoyada por la OTAN y la Unión Europea¹⁰. Con ello, se busca superar los sesgos interpretativos dominantes y

¹⁰ Algunos analistas estiman, inclusive del The Kyiv Independent, que Rusia produce más municiones en un trimestre que lo que la OTAN puede producir en todo un año, lo que le permite sostener un ritmo de fuego muy superior. Esta capacidad industrial le ha dado a Moscú una ventaja en el campo de batalla, ejerciendo presión constante en varios frentes. En contraste, Ucrania y sus aliados occidentales han debido enfrentar serias limitaciones para cubrir esta brecha, ya que gran parte de la producción de municiones de la OTAN se destina directamente al esfuerzo ucraniano (FORNUSEK, 2023).



ofrecer una visión multidimensional que considere tanto la seguridad estructural como las disputas culturales y civilizatorias.

Metodológicamente, este trabajo adopta el realismo neoclásico como marco explicativo y por ende utiliza el esquema de variables propio del andamiaje teórico propuesto: la variable independiente está dada por los cambios en la estructura internacional (ampliación de alianzas, reconfiguración del balance regional y nuevas reglas de juego que condicionan a los Estados); la variable interviniente la constituyen las percepciones de la élite gobernante rusa, que operan como filtro doméstico, amenaza existencial, marcos identitarios y cálculos de capacidad estatal, traduciendo las presiones sistémicas en cursos de acción; y la variable dependiente es la trayectoria de la relación Rusia–Ucrania (2004–2022), operacionalizada como el pasaje de una cooperación pragmática a la confrontación abierta. A partir de fuentes primarias y secundarias, mediante rastreos procesuales y triangulación, el análisis identifica mecanismos y secuencias sin asumir determinismos: la hipótesis sostiene que la estructura internacional por sí sola no basta para explicar el cuándo y el cómo de la escalada; es la mediación perceptiva la que convierte la presión internacional en decisiones concretas y produce, finalmente, el desenlace observado en la relación bilateral.

Este estudio se guía por un enfoque realista neoclásico, que se desarrolla en el Capítulo 1 y estructura el análisis posterior del caso en cuestión.



Capítulo 1 - Entre la cooperación y el conflicto: miradas teóricas sobre la relación Rusia–Ucrania (2004–2022)

1.1. Propósito y lógica integradora

Este capítulo establece el andamiaje conceptual que guía el estudio. Se parte de que los cambios en la estructura internacional condicionan a los Estados, pero su traducción en política exterior depende de filtros domésticos (percepciones de élite, capacidad estatal y narrativas identitarias). Así, la estructura opera como causa remota y los filtros internos como mecanismo de mediación que explica cuándo, cómo y por qué se decide escalar. Esta es la lógica del realismo neoclásico, marco adoptado por el trabajo.

A pesar de que el prisma de este trabajo es el realismo neoclásico, resulta necesario señalar de manera contextual los aportes y limitaciones de otras perspectivas, como el institucionalismo liberal y el neorrealismo, a fin de justificar la elección del realismo neoclásico como el marco más adecuado.

El institucionalismo liberal parte de la premisa de que las instituciones internacionales, los regímenes multilaterales y la interdependencia económica ofrecen incentivos y mecanismos que pueden moderar la anarquía del sistema internacional. Aplicado al caso ucraniano, esta perspectiva sostiene que la integración con la Unión Europea y los vínculos de cooperación con la OTAN podrían haber consolidado un marco de estabilidad regional. Sin embargo, el fracaso de estas iniciativas evidencia los límites de la institucionalización cuando los actores perciben amenazas existenciales o se resisten a aceptar un orden liberal común (Keohane, 1984; Ikenberry, 2001; Moravcsik, 1997). Este enfoque resulta limitado, pues parte de la premisa de que las organizaciones internacionales y, en



consecuencia, los acuerdos y tratados, poseen intereses propios, independientes de los intereses de los Estados.

El neorrealismo, por otro lado, enfatiza que la estructura del sistema internacional es determinante: los Estados actúan bajo condiciones de anarquía y priorizan su seguridad frente a posibles amenazas. Para el neorrealismo, las instituciones internacionales no son actores autónomos, sino que reflejan la distribución de poder en el sistema internacional. Desde esta óptica, la expansión de la OTAN hacia Europa del Este y la creciente influencia de la Unión Europea sobre Ucrania fueron percibidas por Moscú como alteraciones en el balance de poder regional, lo que derivó en respuestas cada vez más agresivas (Waltz, 1979; Mearsheimer, 2001; Walt, 1987). Bajo esta lógica, la transición hacia el conflicto era un desenlace probable dadas las condiciones estructurales de competencia en donde la supervivencia del Estado ruso fue amenazada por el peligro del desalineamiento ucraniano. Ahora bien, lo que no se tiene en cuenta en este enfoque es de qué forma percibe la clase política rusa la amenaza ucraniana para considerar en riesgo la existencia misma del Mundo Ruso.

Por último, el realismo neoclásico plantea un puente entre lo estructural, propio del neorrealismo, y lo doméstico, al considerar que la política exterior resulta de la interacción entre presiones internacionales y condicionamientos internos, como la capacidad estatal, las divisiones políticas o las percepciones de las élites (Rose, 1998; Lobell & Ripsman, 2016). Esta perspectiva permite enriquecer el análisis del conflicto ruso-ucraniano al mostrar cómo los factores internos influyen en la manera en que los Estados responden a su entorno externo.

De este modo, el capítulo se propone comparar la interpretación del pasaje de la cooperación al conflicto desde el institucionalismo liberal, el neorrealismo y el realismo neoclásico, destacando sus aportes y limitaciones. La confrontación entre Rusia y Ucrania constituye así un caso paradigmático para evaluar hasta qué punto las instituciones logran moderar la anarquía, cómo la estructura internacional condiciona las decisiones estatales y de qué manera las dinámicas internas completan el cuadro explicativo.



1.2. Institucionalismo liberal: sus límites y la promesa de la cooperación truncada.

El institucionalismo liberal parte del supuesto de que, aun en un sistema internacional anárquico, los Estados pueden cooperar de manera sostenida si existen instituciones internacionales y mecanismos de interdependencia que reduzcan la incertidumbre, incrementen la transparencia y generen beneficios mutuos. Autores como Keohane (1984), Ikenberry (2001) y Moravcsik (1997) sostienen que la creación de regímenes internacionales y acuerdos multilaterales permite moderar los dilemas de seguridad y facilitar la coordinación entre actores con intereses divergentes. Con este enfoque, el pasaje de la cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania puede leerse como un caso en el que las instituciones y compromisos formales existían, pero resultaron insuficientes o ineficaces frente a dinámicas de poder más profundas.

En el caso ucraniano, el Memorándum de Budapest de 1994 constituye un ejemplo central. Mediante este acuerdo, Ucrania renunció al tercer arsenal nuclear más grande del mundo (heredado de la Unión Soviética) a cambio de garantías de seguridad y respeto a su soberanía por parte de Rusia, Estados Unidos y el Reino Unido. Desde la óptica liberal, el Memorándum debía actuar como una institución reguladora que ofreciera previsibilidad y confianza mutua. Sin embargo, los acontecimientos de 2014 demostraron sus limitaciones: cuando Rusia anexó Crimea, ninguna de las potencias garantes intervino militarmente para defender la integridad territorial ucraniana. Ello mostró que, sin mecanismos de cumplimiento efectivos, las instituciones internacionales no son suficientes para prevenir la agresión de un actor que percibe amenazas existenciales (Plokyh, 2015; Sakwa, 2015).

Otro ejemplo es el proceso de integración con la Unión Europea. Desde principios de la década de 2000, Kiev buscó aproximarse a Bruselas mediante acuerdos de asociación y cooperación que implicaban reformas económicas y



políticas. El institucionalismo liberal interpreta este acercamiento como una estrategia de “anclaje institucional”: cuanto más vinculada esté Ucrania a las normas europeas, mayor sería la posibilidad de consolidar un orden estable. Sin embargo, este camino se truncó en 2013 cuando el presidente Yanukóvich, bajo presión del Kremlin, decidió no firmar el Acuerdo de Asociación con la UE. La decisión desató el movimiento de Euromaidán, que derivó en su caída y en el inicio de la confrontación abierta. El fracaso de este proyecto de integración revela cómo las instituciones regionales, lejos de garantizar la cooperación, pueden intensificar la competencia cuando son percibidas por terceros como instrumentos de exclusión o expansión de esferas de influencia (Mearsheimer, 2014; Sarotte, 2021).

También debe mencionarse el papel de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Con una visión liberal, la cooperación entre Ucrania y la OTAN a través de programas de entrenamiento y ejercicios conjuntos representaba un intento de institucionalizar la seguridad regional. Sin embargo, para Moscú, cada paso en esa dirección significaba una amenaza a su supervivencia estratégica. El institucionalismo liberal explicaría la situación subrayando que, si Rusia hubiera aceptado la legitimidad de la OTAN como garante de seguridad colectiva, se habría reducido el riesgo de conflicto. En la práctica, la falta de aceptación de este marco común por parte de Moscú convirtió a la cooperación institucional en un detonante adicional de confrontación (Waltz, 1979; Ikenberry, 2001).

El último intento de encauzar la crisis mediante instituciones fueron los Acuerdos de Minsk (2014 y 2015), firmados bajo mediación europea. Estos establecieron un alto el fuego y un proceso de descentralización política para las regiones separatistas del Donbás. Para el liberalismo, Minsk debía actuar como un mecanismo de resolución de disputas basado en normas, monitoreo y compromisos mutuos. Sin embargo, la falta de voluntad política y las violaciones constantes al cese de hostilidades impidieron su implementación plena. La experiencia de Minsk ilustra las limitaciones de los acuerdos institucionales en contextos donde los actores principales no reconocen la legitimidad de las reglas o carecen de incentivos para cumplirlas (Charap & Colton, 2017).

En esta lógica, los líderes occidentales y ucranianos han reforzado el diagnóstico liberal sobre la importancia de las normas e instituciones internacionales



como anclas de estabilidad. Apenas días después de la anexión de Crimea, el presidente estadounidense Barack Obama subrayó en un discurso para jóvenes europeos en Bruselas (26 de marzo de 2014) que *“las fronteras de Europa no pueden ser redibujadas por la fuerza, el derecho internacional importa, y las personas y las naciones pueden tomar sus propias decisiones sobre su futuro”*. Al mismo tiempo que los convocaba a no ser indiferentes ante los *“cementorios de este continente”*. Esta afirmación refleja con claridad la expectativa liberal de que las reglas y compromisos jurídicos pueden actuar como frenos efectivos frente a la lógica de la coerción.

Desde Kiev, la percepción fue similar. El entonces presidente Petro Poroshenko advirtió sobre el incumplimiento de los compromisos institucionales asumidos en el Memorándum de Budapest (1994), señalando que *“critica el fracaso de acuerdos internacionales como el Memorándum de Budapest y expresa la necesidad de un marco global de seguridad revisado”*. Su mensaje evidenció la frustración ucraniana ante la ineficacia de los instrumentos internacionales para garantizar la soberanía nacional y, al mismo tiempo reveló la persistencia de una expectativa liberal: la posibilidad de reconstruir un marco de seguridad colectivo basado en normas compartidas.

La misma línea fue retomada una década más tarde por el alto representante de la Unión Europea, Josep Borrell, en su discurso ante la *Verkhovna Rada* (Congreso ucraniano) el día 7 de febrero de 2024, cuando sostuvo que *“la seguridad de Ucrania es una enorme contribución a la seguridad de Europa en su conjunto... El mejor compromiso de seguridad que podemos hacer con Ucrania es hacer que Ucrania forme parte de la Unión Europea”*. Este planteo no solo reafirma la centralidad de la cooperación institucional como herramienta de estabilidad, sino que además conecta directamente la seguridad de un Estado con la de todo el continente europeo, reforzando la visión liberal de la interdependencia y la integración regional (Wilson; 2015).

En conjunto, estas intervenciones ilustran cómo, tanto desde la perspectiva occidental como desde la ucraniana, el marco liberal ofrecía una vía prometedora para estabilizar la región mediante compromisos jurídicos e integración institucional. No obstante, el incumplimiento de los acuerdos y la negativa rusa a aceptar ese



orden liberal común revelaron los límites del institucionalismo en contextos de alta rivalidad geopolítica.

En suma, el institucionalismo liberal ofrece un contraste útil para analizar la transición de la cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania. Por un lado, pone en evidencia que existieron intentos serios de estabilizar la relación mediante compromisos institucionales: el Memorándum de Budapest, la integración con la UE, la cooperación con la OTAN y los Acuerdos de Minsk. Por otro lado, demuestra que estos marcos se revelaron ineficaces frente a la desconfianza estratégica y la percepción rusa de amenazas existenciales. En este caso, las instituciones no lograron moderar la anarquía ni generar la transparencia necesaria para evitar la confrontación, lo que confirma los límites del paradigma liberal frente a la lógica del poder.

1.3 Neorrealismo estructural (antecedente): la lógica del poder y las amenazas existenciales

El neorrealismo estructural, desarrollado por Waltz (1979), sostiene que el comportamiento de los Estados está determinado por la anarquía del sistema internacional y la distribución relativa del poder. Así, la búsqueda de seguridad se convierte en el objetivo primordial de los actores, que reaccionan ante amenazas percibidas intentando restaurar o modificar el equilibrio regional. El caso de Rusia y Ucrania constituye un ejemplo paradigmático de esta lógica: el tránsito de la cooperación al conflicto no se entiende únicamente por factores internos, sino por cómo Moscú percibió que la expansión de la OTAN y la Unión Europea alteraba de manera drástica el balance de poder en Europa del Este.

La geografía refuerza este razonamiento. La llanura europea, que históricamente fue ruta de invasiones hacia Moscú, como anteriormente se mencionó, desde los mongoles hasta la Wehrmacht alemana, explica por qué Rusia concibe a Ucrania como un Estado “colchón” indispensable para su seguridad estratégica (Brzezinski, 1997; Marshall, 2017). La pérdida de influencia sobre Kiev



no solo significaba un retroceso en el plano económico y militar, sino un debilitamiento estructural de la proyección de poder rusa en Eurasia (Kissinger, 2014).

La perspectiva neorrealista también ayuda a comprender los argumentos esgrimidos por los líderes rusos. En su discurso del 18 de marzo de 2014 ante la Duma rusa, tras la anexión de Crimea, Vladimir Putin cuestionó abiertamente el doble estándar de Occidente al justificar la independencia de Kosovo de Serbia (promovida por Occidente) como un caso excepcional y no reconocer la decisión de Crimea de independizarse para luego unificarse con Rusia. Según sus palabras: *“Kosovo fue nuevamente presentado como un caso especial... ¿Qué es esto? ¿Un argumento jurídico?”*¹¹. En el mismo discurso, el mandamás ruso planteó la anexión como una necesidad estratégica para evitar que la OTAN se instalara en Crimea, asegurando que Rusia no busca dividir Ucrania ni confrontar, pero que no aceptará amenazas a sus intereses. Este planteo expone la lógica neorrealista: en un sistema internacional anárquico, el derecho internacional es interpretado de forma instrumental y los Estados recurren a la fuerza cuando consideran que sus intereses vitales están amenazados. Para Moscú, la expansión occidental en Ucrania representaba una amenaza existencial, y por ello actuó para restablecer un equilibrio de poder que consideraba alterado.

En los años previos a la invasión de 2022, la tensión acumulada entre Rusia y Occidente se intensificó por una serie de señales percibidas como amenazas estructurales. En julio de 2021, Vladimir Putin insistió en que “rusos y ucranianos son un solo pueblo” y advirtió que las garantías de seguridad ofrecidas tras la Guerra Fría habían sido incumplidas, declarando que la expansión de la OTAN hacia el este representaba una “línea roja” para Rusia (Putin, 2021). En ese mismo período, el Kremlin lanzó un ultimátum formal a Occidente solicitando la prohibición de la adhesión de Ucrania a la OTAN y el repliegue de su infraestructura militar en Europa del Este; estas exigencias fueron rechazadas por la Alianza en enero de 2022, precipitando la invasión del mes siguiente.

¹¹ Putin expone en este discurso un doble estándar occidental para tratar con diferentes principios los temas que le interesan y con deferencia aquellos casos donde sus intereses son distintos.



Estas acciones no fueron repentinas, sino consistentes con una lógica neorrealista de módulo preventivo: Rusia endureció su postura ante la ampliación estructural que reducía su margen de seguridad, y marcó que una Ucrania cada vez más vinculada a Occidente equivalía a un desplazamiento intolerable del equilibrio de poder. La acumulación militar masiva en la frontera, más de 150.000 soldados, según informes, reflejó una estrategia de disuasión activa para evitar que el sistema de seguridad occidental continuara erosionando la esfera tradicional de influencia rusa (Kofman & Lee, 2022). En esta clave, la invasión no fue una acción impulsiva, sino un movimiento calculado desde la perspectiva neorrealista: una reacción estructural a lo que el Kremlin percibía como una amenaza existencial inminente (Mearsheimer, 2014; Waltz, 1979).

La respuesta occidental también puede ser interpretada bajo esta misma lógica. Aunque la Unión Europea suele identificarse con el institucionalismo liberal, algunos de sus discursos recientes reflejan un reconocimiento explícito de que la estabilidad depende también de la capacidad de ejercer poder coercitivo. Así lo señaló el Alto Representante de la UE, Josep Borrell, en una intervención ante el Parlamento Europeo en 2023: *“La Unión Europea es el entrenador más importante del ejército ucraniano... Tenemos que aumentar y acelerar nuestro apoyo militar a Ucrania... La Unión Europea no solo está hablando: el poder duro es tener capacidad de coerción... Tenemos que convertirnos en una potencia dura”*. Este mensaje deja en claro que incluso actores con tradición liberal aceptan la necesidad de desplegar recursos militares y estratégicos frente a un entorno de anarquía y confrontación.

De este modo, el neorrealismo estructural permite entender por qué, más allá de la existencia de instituciones internacionales y acuerdos diplomáticos, la lógica del poder terminó imponiéndose en la relación entre Rusia y Ucrania. No obstante, minimiza o no aborda completamente el rol que juega la percepción de amenaza generada por la expansión de la OTAN y la UE. Aquí es donde el realismo neoclásico puede hacer un aporte relevante. En síntesis, esta corriente subraya que el paso de la cooperación al conflicto fue consecuencia de un choque estructural de intereses y amenazas en el marco de un sistema internacional anárquico. El discurso de Putin, apelando a la “doble vara” occidental, y el de Borrell,



reivindicando la necesidad de que Europa se convierta en una potencia dura, son ejemplos concretos de cómo los líderes justifican sus acciones desde una lógica neorrealista que trasciende las instituciones y pone en primer plano la capacidad de coerción.

El neorrealismo centra el análisis en la estructura del sistema internacional, donde la anarquía obliga a los Estados a priorizar su seguridad (Waltz, 1979). La expansión de la OTAN y el acercamiento de Ucrania a la UE constituyen, en este marco, alteraciones del balance de poder que Moscú percibió como amenazas existenciales. Como sostiene Mearsheimer (2001, 2014), los grandes poderes no toleran la pérdida de influencia en sus áreas de interés vital, y tienden a reaccionar de forma agresiva cuando se sienten cercados. En segundo lugar, el aporte de Walt (1987) con su teoría del *balance of threat* resulta especialmente aplicable: Rusia no solo percibió el poder material de Occidente, sino también la proximidad geográfica y las intenciones hostiles, lo que multiplicó la sensación de vulnerabilidad estratégica. Finalmente, las críticas de autores como Glaser (2010), desde un realismo defensivo, ayudan a matizar la discusión, pero refuerzan la idea de que el comportamiento de Moscú responde a una lógica estructural más que a motivaciones meramente ideológicas.

“Ni un centímetro al Este” prometió James Baker, Secretario de Estado de EEUU, a Mijail Gorbachov en 1990, en referencia al compromiso tácito de no expansión de la OTAN hacia lo que al poco tiempo iba ser el espacio de ex repúblicas soviéticas. Rusia percibe y ha percibido históricamente a la OTAN como una alianza ofensiva en expansión. Autores como Sarotte (2021) muestran cómo, tras la Guerra Fría, Moscú contempló incluso integrarse a la Alianza, pero la continua ampliación hacia el Este sin incluirla generó desconfianza. Kozyrev (1995) advirtió que esta dinámica alentaría fuerzas antioccidentales en Rusia, mientras que Haslam (2015) subraya que las promesas incumplidas de no expandirse reforzaron la idea de que, si la OTAN no era con Rusia, era contra Rusia.

Los discursos oficiales confirman esta interpretación. Cuando Putin (2014) denunció el doble estándar occidental respecto a Kosovo y defendió la anexión de Crimea como un acto de supervivencia geopolítica, reflejó con claridad la lógica neorrealista: los Estados recurren a la fuerza cuando perciben que su posición en el



equilibrio de poder está en riesgo. A su vez, cuando Borrell (2023) afirmó que la UE debía convertirse en una “potencia dura”, reconoció implícitamente que la seguridad europea no puede sostenerse únicamente en normas o instituciones, sino en la capacidad de proyectar poder coercitivo.

De este modo, el neorrealismo logra explicar la reacción rusa frente al avance occidental, sino que también permite comprender la respuesta de Europa y Estados Unidos, que en última instancia han debido aceptar la vigencia de la lógica del poder. Como concluye incluso Ikenberry (2001), hasta los intentos de construir órdenes liberales están condicionados por la distribución de poder en el sistema internacional.

1.4 Realismo neoclásico: la interacción entre factores externos e internos

Comprendiendo la relevancia explicativa del neorrealismo, el realismo neoclásico propone una síntesis superadora a la misma. Ofrece un puente entre lo estructural y lo doméstico, subrayando el papel de las capacidades estatales, las percepciones de las élites y los condicionamientos internos en la formulación de la política exterior. En resumen, esta corriente comprende la definición de la política exterior de los Estados como una conjunción de variables externas, presiones internacionales, distribución de poder, amenazas percibidas, y variables internas, como la fortaleza institucional, las divisiones políticas y la visión de las élites dirigentes (Rose, 1998; Lobell & Ripsman, 2016; Ripsman, 2017).

En el caso ucraniano, las limitaciones domésticas condicionaron de forma decisiva su autonomía frente a Rusia. La corrupción persistente convirtió al Estado en un actor débil, incapaz de sostener políticas consistentes: la ostentosa residencia de Víktor Yanukóvich en Mezhyhirya, descubierta tras su huida en 2014, se transformó en símbolo del saqueo de recursos públicos (Kuzio; 2001, 2015). A esto se sumó una profunda fragmentación política: tras la Revolución Naranja de 2004, las fuerzas prorrusas y prooccidentales bloquearon mutuamente reformas clave,



generando un clima de inestabilidad crónica (Plokhy, 2015). Esta división se expresó en la sociedad ucraniana, polarizada entre un este y sur de mayoría rusoparlante y un oeste con fuerte orientación proeuropea. Finalmente, la debilidad institucional se evidenció en la incapacidad de las fuerzas de seguridad para gestionar la crisis del Euromaidán (2013–2014), lo que facilitó la rápida anexión de Crimea por parte de Rusia y el avance de grupos separatistas en Donetsk y Lugansk (Snyder, 2018). En conjunto, estas falencias redujeron el margen de maniobra de Kiev y limitaron su capacidad de resistencia frente a la presión externa.

En contraste, en Moscú predominó un escenario de fortaleza estatal que reforzó su capacidad de acción. Desde el año 2000, Vladimir Putin consolidó una “vertical del poder” (*vertikal vlasti*), centralizando la autoridad en la presidencia, debilitando a los gobernadores regionales y controlando los principales medios de comunicación (Lukyanov, 2014). Esta estructura permitió tomar decisiones de política exterior con rapidez y sin oposición significativa. A la dimensión institucional se añadió una poderosa narrativa ideológica: el *Ruskiy Mir* (*Mundo ruso*). Esta doctrina, difundida desde mediados de los años 2000, postulaba la existencia de una comunidad transnacional rusa que debía ser protegida y defendida. Bajo esta lógica, la anexión de Crimea fue justificada como un deber histórico de protección hacia los rusoparlantes, y el apoyo al Donbás se presentó como parte de la defensa de la identidad civilizatoria rusa frente al avance occidental (Suslov, 2018; Dugin, 1997).

En su discurso del 18 de marzo de 2014, Putin reforzó esta narrativa al afirmar que *“Todo en Crimea habla de nuestra historia y orgullo compartidos... En los corazones y en las mentes, Crimea siempre ha sido una parte integral de Rusia”* (Putin, 2014). Esta declaración ilustra cómo el liderazgo ruso apeló a un argumento identitario y cultural para legitimar una decisión de política exterior que, en términos neorrealistas, respondía también a un cálculo estratégico frente a la expansión occidental.

En dicha presentación ante la Duma, tras la anexión de Crimea, el Jefe de Estado ruso no solo apeló a argumentos geopolíticos, sino también a elementos históricos y culturales que refuerzan la narrativa del *Ruskiy Mir*. Subrayó que rusos y ucranianos constituyen “un solo pueblo” y evocó el bautismo de Vladimir el Grande



en Kiev en el año 988, episodio que dio origen a la cristiandad ortodoxa en la Rus de Kiev, considerada la matriz histórica de Rusia, Bielorrusia y Ucrania. Según sus palabras, Crimea tenía un carácter “sagrado” porque allí se produjo la “cristianización” que marcó la identidad espiritual del pueblo ruso (Putin, 2014).

Este uso del pasado no fue casual: al vincular la anexión de Crimea con la fundación de la identidad rusa y con la Ortodoxia, Putin buscó legitimar la acción militar como un deber histórico y cultural, más allá de los cálculos estratégicos. La narrativa de hermandad entre rusos y ucranianos, junto con la reivindicación de un origen común, funcionó como un recurso político para consolidar apoyo interno y presentar la política exterior como una defensa de valores civilizatorios frente al avance occidental (Suslov, 2018).

Para el realismo neoclásico, esta dimensión es fundamental: la política exterior rusa no puede explicarse únicamente por la distribución del poder internacional, sino también por las percepciones y construcciones ideológicas que las élites transmiten a la sociedad. Al situar la anexión de Crimea en el marco de una continuidad histórica y religiosa, Putin reforzó la percepción de que defender Ucrania era equivalente a defender la esencia misma del Estado ruso.

De esta manera, mientras la debilidad interna limitó la capacidad de Ucrania para sostener su política exterior de forma autónoma, la fortaleza centralizada de Rusia, unida a su narrativa ideológica, reforzó la percepción de que debía actuar con firmeza frente a la OTAN y la Unión Europea. El realismo neoclásico, al considerar tanto las presiones externas como las condiciones internas, permite comprender cómo las vulnerabilidades ucranianas y la consolidación autoritaria rusa se combinaron para precipitar el tránsito de la cooperación al conflicto.

El recuerdo histórico de vulnerabilidad geopolítica, hizo que Moscú considerara indispensable reaccionar para mantener su estatus de gran potencia. Al mismo tiempo, la respuesta de Occidente, aunque inicialmente formulada en términos normativos, evolucionó hacia una reafirmación del poder militar como garantía de seguridad. No en vano, el presidente ruso, Putin, utilizó y utiliza frecuentemente el concepto “desnazificar Ucrania” para referirse a su objetivo de neutralizar y alinear al país vecino como un estado no antagonista al interés ruso



(Putin, 2022). La última invasión que puso en jaque la supervivencia del Estado ruso fue la ofensiva nazi contra la Unión Soviética en 1941, que provocó la muerte de aproximadamente el 15% de la población de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). En la memoria histórica rusa la vulnerabilidad de su frente occidental es latente. Aunque los ejes de avance alemán variaron, la llanura europea oriental, fundamentalmente Ucrania, facilitó operaciones mecanizadas hacia el corazón ruso. En el discurso político actual, esa memoria se conecta con percepciones de amenaza vinculadas al desalineamiento de Ucrania y al uso de símbolos nacionalistas extremos por parte de algunas formaciones ucranianas, lo que el Kremlin presenta como “desnazificación” para legitimar sus acciones. En ese contexto, sectores independentistas ucranianos, como la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN-B) y el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA), colaboraron con los nazis, llegando incluso a integrar batallones de las *Schutzstaffel* (SS), con la expectativa de obtener el beneplácito alemán para la creación de un Estado ucraniano (Zabirko; 2020). En la actualidad, esta memoria histórica se reaviva en Rusia debido a que formaciones militares ucranianas, como el Batallón Azov, han recurrido oficialmente a ciertos símbolos asociados con aquellas organizaciones de inspiración filonazi. De este modo, el progresivo desalineamiento de Ucrania respecto a Moscú alimenta en la narrativa rusa la percepción de que el país vecino se habría “nazificado”.

Por otro lado, desde la percepción de la clase dirigente ucraniana ha surgido un planteo novedoso: la calificación peyorativa al invasor ruso de “moscovita”. Tanto en foros militares como en discusiones en redes sociales, que durante el conflicto han cobrado tanta o más importancia que las armas, nace una nueva narrativa o lectura, que plantea que en realidad, Ucrania sería la heredera principal de la Rus’ de Kiev¹², y por lo tanto, Ucrania sería “la verdadera Rusia”; mientras que el actual

¹² Rus de Kiev (o Rus de Kiév) fue una federación de principados eslavos orientales surgida en los siglos IX–XIII, con Kiév como centro político y cultural. Formada por élites varegas y poblaciones eslavas locales, consolidó instituciones, comercio y derecho (p. ej., la *Russkaya Pravda*), y adoptó el cristianismo ortodoxo en 988 bajo el gran príncipe Vladímir, hecho fundacional para la cultura eslava oriental. Su legado es reivindicado por ucranianos, rusos y bielorrusos como origen histórico-político, lingüístico y religioso: para Ucrania, como antecedente estatal con capital en Kiev; para Rusia, como matriz civilizatoria que luego continuaría en Vladímir/Suzdal y Moscovia; para Bielorrusia, como parte de su genealogía medieval. Por ello, la Rus de Kiev ocupa un lugar central en la identidad y la memoria histórica de los pueblos eslavos orientales, y su interpretación es hoy un terreno clave de disputa simbólica y política (Cross & Sherbowitz-Wetzor, 2023; Hrushevsky, 2014).



Estado ruso sería una formación “moscovita” más tardía. Símbolos como el tridente (tryzub), asociado a la dinastía rúrika y a Volodímir/Volodymyr el Grande, refuerzan una genealogía político-identitaria que ancla la estatalidad en Kiev (Plokhy, 2006; Franklin & Shepard, 1996). Este orden histórico no es solo cultural: expone jerarquías (quién es “originario” y quién “derivado”) y codifica intenciones (el “moscovita” como agresor), habilitando estrategias de afirmación identitaria y alineamientos occidentales como respuesta racional a una amenaza percibida.

La desintegración de la Rus’ de Kiev tras las invasiones mongolas del siglo XIII y la posterior centralización bajo el Principado de Moscovia ofrecen a un sector de las élites ucranianas un marco histórico para afirmar una continuidad “kiévica” propia frente a la “muscovita” (Halperin, 1987; Ostrowski, 1998; Martin, 1995). Desde el realismo neoclásico, ese pasado reencuadra las presiones del sistema: si Rusia se percibe como un poder expansionista con raíces estatales distintas, entonces se vuelven coherentes preferencias como la disuasión, la desrusificación simbólica e institucional y el anclaje en OTAN y la UE (Yekelchik, 2015). Así, la disputa por la herencia de la Rus’ opera como variable mediadora que amplifica el riesgo, legitima costos domésticos (reformas lingüísticas, de memoria y eclesiásticas) y orienta la política exterior, traduciendo presiones sistémicas en preferencias operativas condicionadas por recursos y capacidad estatal; en suma, la trayectoria Kiev, fragmentación mongola, ascenso moscovita no es un apunte erudito, sino un recurso estratégico que moldea percepciones, coaliciones y reglas de compromiso en el conflicto contemporáneo.

Para comenzar a concluir este primer capítulo de este trabajo, la estructura internacional de la posguerra fría, en particular, la expansión de la OTAN hacia el Este y las políticas de asociación de la UE, opera como condición de fondo que reconfigura el equilibrio regional y vuelve verosímil el dilema de seguridad para Moscú. El cambio estructural en la configuración de poder en Europa, con el viraje de Ucrania hacia Occidente, constituye la variable independiente. Sin embargo, estos vectores no “producen” conducta por sí solos: delimitan un espacio de incentivos que debe ser traducido puertas adentro. El realismo neoclásico sostiene, precisamente, que entre esas presiones y la acción concreta media un filtro doméstico hecho de percepciones de élite, narrativas legitimadoras e infraestructura



de poder estatal. Así, la mirada deja de ser puramente estructural o bilateral para volverse secuencial y relacional: de la estructura a la percepción, de la percepción a la capacidad de ejecutar, y de allí a la trayectoria observable (Rose, 1998).

La traducción doméstica comienza cuando las élites rusas codifican las señales externas como amenaza existencial. La variable interviniente, que explica el resultado de la variable independiente, es, en el caso analizado, la percepción de amenaza a la supervivencia del Estado ruso y su aspiración de *global player*. Aquí el lenguaje importa tanto como el cálculo estratégico: la narrativa del *Ruskiy Mir*, el europeísmo/eurasianismo y los discursos de Putin entre 2007 y 2022, que combinan rechazo a la hegemonía unipolar, denuncia de la expansión atlántica y la idea de “proteger” a rusos y rusoparlantes, convierten la presión sistémica en necesidad política. No es un mero envoltorio retórico: es el mecanismo de mediación que vincula la alteración del entorno con cursos de acción específicos, dotándolos de legitimidad interna y sentido histórico-civilizatorio (Rose, 1998).

Ahora bien, percepción sin medios efectivos suele quedarse en discurso. Por eso, la capacidad estatal funciona como convertidor de potencia: la *vertical del poder* consolidada en Rusia, centralización decisoria, control de recursos estratégicos y aparato coercitivo, reduce *veto players* y habilita respuestas rápidas y de alto costo. El contraste con Ucrania, marcada por fragmentación política, corrupción y debilidad institucional, subraya la relevancia de este eslabón: la misma presión externa y narrativas en competencia no producen los mismos resultados cuando la capacidad de implementación difiere tanto a un lado y otro de la frontera. Así, en términos neoclásicos, la percepción define la urgencia y la capacidad viabiliza la ejecución (Rose, 1998).

Cuando estructura, percepción y capacidad se alinean, emergen los outputs que constituyen la variable dependiente: la trayectoria de la relación Rusia–Ucrania. La secuencia que va de la cooperación condicionada a la confrontación abierta, anexión de Crimea en 2014, apoyo al Donbás y finalmente la invasión a gran escala en 2022, no se entiende como reflejo automático de la anarquía, sino como decisiones situadas que aprovechan ventanas de oportunidad (el colapso del gobierno de Yanukóvich y la crisis del Euromaidán) y se justifican con marcos identitarios. El *timing* y la forma de esas decisiones, anexión, guerra híbrida,



invasión, son, por eso mismo, inscrutables para un enfoque puramente estructural y aparecen con nitidez cuando se reintroduce el filtro doméstico (Rose, 1998).

A su vez, la trayectoria retroalimenta el entorno en un bucle que refuerza las condiciones iniciales: las sanciones occidentales, el incremento de la asistencia a Kiev y la mayor interoperabilidad con la OTAN confirman en Moscú la narrativa de cerco, mientras la consolidación de posiciones en el Mar Negro altera temporalmente la correlación de fuerzas. El resultado es una dinámica espiralada en la que los outputs reconfiguran la estructura, la nueva estructura recalibra percepciones y capacidades, y el ciclo decisorio vuelve a comenzar con umbrales de coerción cada vez más altos y con identidades más movilizadas a ambos lados.

En suma, el caso confirma la regla de lectura neoclásica: la estructura explica el incentivo, el filtro doméstico explica el cuándo y el cómo, y la trayectoria, sus “salidas”, reordena el entorno para el siguiente ciclo. Por eso, aunque las intuiciones neorrealistas iluminan el trasfondo (anarquía, distribución de capacidades, ampliación de alianzas), no alcanzan para dar cuenta de la secuencia, la forma y la legitimación de las respuestas; es la interacción entre variables, presión sistémica, percepciones/narrativas y capacidad, la que permite explicar el pasaje de la cooperación a la confrontación en 2004–2022.

En el caso ucraniano, el fracaso del institucionalismo liberal y el abordaje incompleto del neorrealismo muestran que es el realismo neoclásico la corriente que mejor captura la dinámica central: la transición de un vínculo de cooperación pragmática a un conflicto abierto y prolongado, teniendo en cuenta la variable estructural y doméstica, atravesando por las percepciones de los actores, principalmente de la clase gobernante rusa.



Capítulo 2 – De la cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania (2004–2022)

2.1 Introducción

La transición de la cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania constituye uno de los acontecimientos más relevantes en la política internacional contemporánea. Esta transformación no solo alteró las relaciones bilaterales entre ambos países, sino que también impactó en la estructura de seguridad a nivel europeo y mundial. El presente capítulo se propone reconstruir el desarrollo histórico de dicho proceso desde el prisma del realismo neoclásico, lente que permite comprender cómo los elementos estructurales, el equilibrio de poder y la percepción de amenazas recíprocas influyeron en la progresiva debilitación del vínculo bilateral. Se identificarán tres etapas fundamentales: la cooperación condicionada y las primeras tensiones (1991–2004), el quiebre tras la Revolución Naranja y el Euromaidán (2004–2014), y la confrontación abierta hasta la invasión de 2022 (2014–2022). En lo que sigue, los hitos 1991–2022 se interpretan desde el realismo neoclásico, explicitando en cada tramo el filtro doméstico (percepciones/capacidad/narrativas) que conecta estructura y decisión.

2.2 1991–2004: Cooperación condicionada y primeras tensiones.

Tras la independencia de Ucrania en 1991, las relaciones con Rusia se desarrollaron sobre un equilibrio frágil. En los primeros años del siglo XXI predominó una colaboración moderada, sostenida por pactos bilaterales en sectores estratégicos como el comercio, la energía y la seguridad. Kiev heredó una fuerte



dependencia del gas y petróleo rusos, mientras que Moscú utilizaba las disputas energéticas como instrumento de presión política. La fricción recurrente por los precios del gas y las deudas de Naftogaz con Gazprom durante los años noventa ilustran cómo Moscú utilizaba la energía como un instrumento de presión política frente a Kiev (Charap y Colton, 2017). Durante los años noventa, Ucrania le compraba casi todo su gas a Rusia. La empresa estatal ucraniana Naftogaz le debía mucho dinero a la rusa Gazprom. Cada vez que había problemas de pago o discusiones por el precio, Moscú cortaba o amenazaba con cortar el suministro. Así, Rusia usaba el gas no solo como negocio, sino también como herramienta política para presionar a Ucrania. A su vez, Ucrania controlaba los gasoductos de tránsito hacia Europa, lo que le otorgaba un margen de negociación frente a Moscú.

En 1994, el Memorándum de Budapest reforzó esta dinámica: Ucrania renunció al arsenal nuclear heredado de la Unión Soviética a cambio de garantías de seguridad por parte de Rusia, Estados Unidos y el Reino Unido (Plokyh, 2015). En 1997, otro hito fue el tratado que permitió a Moscú mantener su base naval en Sebastopol, enclave estratégico para la Flota rusa del Mar Negro. Sin embargo, esta cooperación estuvo atravesada por una fuerte asimetría: Rusia continuaba considerando a Ucrania parte de su esfera de influencia histórica y geopolítica. La etimología misma del término *Ucrania*, derivado de *okraina* (“frontera” o “tierra del borde”), refleja esta visión de Kiev como espacio liminal de seguridad.

La percepción de amenazas de la clase gobernante ucraniana frente a Rusia puede entenderse, en clave realista neoclásica, como el resultado de presiones sistémicas (poder y coerción rusos) filtradas por creencias de élite, memoria histórica y capacidad estatal. En términos doctrinarios, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2020 institucionaliza esa percepción al definir a Rusia como agresor y amenaza principal, lo que orienta opciones de disuasión, resiliencia e interacción con socios occidentales (Oficina del Presidente de Ucrania, 2020; Pism, 2020).

Ese filtro doméstico se nutre de traumas históricos: la hambruna provocada de 1932-33 (Holodomor)¹³ ocupa un lugar central en la narrativa estratégica, al

¹³ El Holodomor (1932-1933) fue una hambruna provocada en Ucrania bajo el régimen de Stalin, resultado de la colectivización forzosa y políticas represivas soviéticas. Causó la muerte de entre 3 y 7 millones de personas y es considerado por numerosos historiadores y parlamentos nacionales como un genocidio contra el pueblo ucraniano.



asociar la dominación soviética con políticas deliberadas de destrucción social. La investigación histórica documenta su carácter político y su impacto demográfico masivo, elemento que refuerza entre las élites la lectura de Rusia como amenaza existencial y de largo plazo (Applebaum, 2017; Enciclopedia Británica, 2025).

A ello se suma Chernóbil (1986), que consolidó una desconfianza estructural hacia la opacidad y el control vertical soviético/ruso sobre la información y la seguridad, hoy actualizada por la guerra: la toma de instalaciones nucleares refuerza la sensibilidad de las élites ante riesgos catastróficos y la necesidad de garantías externas (Ploky, 2017; Kapitonenko, 2016, 2025). En términos neoclásico-realistas, la combinación de presiones sistémicas (coerción militar rusa) y mediadores internos (memoria de Holodomor, Chernóbil, preferencias de élite, instituciones) explica por qué Kiev prioriza la disuasión, la integración occidental y la búsqueda de capacidad estatal para sostener la guerra y la paz

2.3 2004–2014: Revolución Naranja, Yanukóvich y el Euromaidán.

El año 2004 representó un punto de inflexión en la relación entre Ucrania y Rusia. La Revolución Naranja cuestionó la influencia rusa y abrió un ciclo de desconfianza bilateral. Víktor Yúshchenko, de orientación prooccidental, asumió la presidencia tras unas elecciones muy disputadas, lo que implicó un giro hacia la Unión Europea y la OTAN. Este suceso puede ser entendido como una alteración en la distribución del poder regional, percibida por Moscú como una amenaza directa. La reacción rusa se intensificó ante el respaldo explícito de Estados Unidos y la Unión Europea a las reformas democráticas en Kiev. La conducción política rusa observó el desalineamiento ucraniano como una cuestión Este-Oeste, en donde el bloque atlantista, una nueva vez, buscaba bloquear el resguardo de su esfera de influencia. De la misma forma, unos años atrás, Rusia había interpretado la campaña de la OTAN contra Yugoslavia (1999) como un movimiento estratégico del



bloque atlántico para socavar su influencia en los Balcanes y reafirmar el viejo paradigma Este-Oeste¹⁴ (Karatnycky, 2005).

Durante la presidencia de Yúshchenko (2004–2010), Ucrania buscó consolidar un acercamiento a Occidente, aunque enfrentó divisiones internas, corrupción y dificultades económicas agravadas por la crisis global de 2008. El desgaste político abrió paso al regreso de Víktor Yanukóvich en 2010, con un programa que inicialmente se presentó como un intento de balance entre Moscú y Bruselas.

El punto de inflexión llegó en 2013, cuando el gobierno de Yanukóvich suspendió la firma de un Acuerdo de Asociación con la Unión Europea. El Kremlin había ofrecido subsidios energéticos y créditos financieros a cambio de frenar el acercamiento a Bruselas, y esas presiones resultaron determinantes. La decisión fue interpretada en Ucrania como una traición a las aspiraciones europeístas de una parte significativa de la sociedad, especialmente en Kiev y las regiones occidentales.

La reacción social desembocó en las protestas del Euromaidán, nombre derivado de la Plaza de la Independencia (*Maidán Nezalézhnosti*) en Kiev, donde se congregaron estudiantes, activistas, opositores y ciudadanos para exigir la firma del acuerdo con la Unión Europea, la lucha contra la corrupción y un giro político hacia Occidente. La escalada de protestas, enfrentamientos y represión culminó en febrero de 2014 con la destitución y huida de Yanukóvich.

Desde la perspectiva rusa, tanto la Revolución Naranja como el Euromaidán se inscriben en el patrón de las llamadas “revoluciones de colores”, un conjunto de movilizaciones populares en el espacio postsoviético (Georgia en 2003, Ucrania en 2004, Kirguistán en 2005) que buscaban impulsar cambios de régimen mediante la presión social y la protesta masiva. Moscú siempre ha observado estos procesos

¹⁴ Sobre el conflicto entre Yugoslavia/Serbia y la facción independentista albanesa en la región de Kosovo, analistas como James McBride (2023) señalan que Rusia consideró esa intervención como una demostración de que en adelante sus intereses en Europa del Este ya no serían “tomados en cuenta seriamente” por Occidente. En el discurso estratégico ruso posterior, la expansión de la OTAN hacia el este ha sido conceptualizada como una amenaza directa a su esfera de influencia, una continuidad estructural de la lógica bipolar de la Guerra Fría. Desde esa perspectiva, no fue solo Kosovo lo que se debatía, sino el control simbólico sobre la posición de Rusia como potencia regional frente al bloque atlantista moderno.



con profundo escepticismo, considerándolos no como expresiones auténticamente democráticas, sino como movimientos promovidos y financiados por Occidente con el objetivo de debilitar la influencia rusa en su periferia estratégica (Kissinger, 2014; Mearsheimer, 2014; Sakwa, 2015).

El 21 de febrero, Yanukóvich abandonó la capital y poco después huyó hacia el este del país, instalándose finalmente en Rusia bajo protección del Kremlin. El Parlamento ucraniano lo destituyó el 22 de febrero por “abandono de funciones”, mientras un nuevo gobierno interino asumía el poder. Estos hechos marcaron el colapso de su régimen y fueron interpretados por Moscú como un golpe de Estado.

La respuesta de Rusia fue rápida y contundente. En marzo de 2014, Moscú ocupó y posteriormente anexó Crimea, justificando la medida en la necesidad de proteger a la población rusoparlante y garantizar el control de Sebastopol, base de la Flota del Mar Negro. Simultáneamente, comenzó a apoyar política, logística y militarmente a los movimientos separatistas en Donetsk y Lugansk, lo que transformó una crisis política interna en un conflicto internacional.

En este período, el desplazamiento del equilibrio de poder regional llevó a Rusia a reaccionar de forma agresiva. Desde la perspectiva rusa, el avance de la OTAN y la Unión Europea sobre un espacio considerado vital para su seguridad fue percibido en Moscú como una amenaza existencial. El Euromaidán, en este sentido, no solo constituyó un levantamiento social, sino también el detonante de un choque entre dos proyectos irreconciliables: la integración europea de Ucrania frente a la aspiración rusa de mantener un espacio de influencia que garantizara su seguridad estratégica (Waltz, 1979; Mearsheimer, 2001; Snyder, 2018). No obstante, desde el prisma del realismo neoclásico, la reacción rusa ante las revoluciones de colores no puede comprenderse únicamente como resultado de la estructura internacional, sino también a partir de cómo las élites rusas interpretaron estas movilizaciones como amenazas existenciales vinculadas con la injerencia occidental. Dichas percepciones permitieron reforzar la cohesión interna, consolidar el poder político y justificar una política exterior más agresiva en el espacio postsoviético, integrando así factores domésticos y de percepción al análisis del comportamiento estatal (Rose, 1998; Ripsman & Lobell, 2016).



2.4 2014–2022: La confrontación abierta y prolongada

La anexión de Crimea en marzo de 2014 marcó el inicio de una nueva etapa en las relaciones entre Rusia y Ucrania: el pasaje de la desconfianza a una confrontación abierta. Con el control de la península, Moscú aseguraba la base naval de Sebastopol, fundamental para su proyección en el Mar Negro y el Mediterráneo, al tiempo que enviaba un mensaje claro a Occidente sobre los límites de su expansión hacia el este (Sakwa, 2015). Sebastopol, junto con Murmansk, es uno de los pocos puertos rusos que no se congela en invierno, lo que lo convierte en un enclave estratégico para la proyección naval en el Mar Negro y el Mediterráneo. A lo largo de la historia, Rusia libró repetidas guerras contra el Imperio Otomano para asegurar este acceso, mostrando que, desde una perspectiva geopolítica y realista, sus intereses en Crimea son permanentes.

Paralelamente, estalló un conflicto armado en las regiones de Donetsk y Lugansk, donde grupos separatistas, con apoyo directo de Rusia, proclamaron la creación de “repúblicas populares”. Ucrania respondió con operaciones militares, y el enfrentamiento derivó en una guerra de baja intensidad que dejó miles de muertos y millones de desplazados (Plokyh, 2015; Snyder, 2018).

Ante la escalada, se firmaron los Acuerdos de Minsk I (2014) y Minsk II (2015), con mediación de Alemania y Francia en el marco del llamado “formato de Normandía”. Estos acuerdos establecían un alto el fuego, el retiro de armamento pesado y un proceso de descentralización para otorgar mayor autonomía a las regiones separatistas. Sin embargo, nunca se implementaron plenamente: las violaciones al cese de hostilidades fueron constantes, y tanto Kiev como Moscú se acusaron mutuamente de incumplimiento. En la práctica, el este de Ucrania quedó bajo un control híbrido, con presencia de fuerzas separatistas y el respaldo militar encubierto de Rusia (Charap & Colton, 2017).

Luego del 2014, Ucrania adoptó medidas para reforzar el ucraniano como único idioma oficial, lo que limitó el uso del ruso en la administración, la educación y



los medios. Estas políticas fueron interpretadas en Moscú como un intento de “ucranización forzada” y utilizadas en su narrativa de protección a los rusoparlantes. Si bien hubo denuncias de discriminación y abusos contra civiles prorrusos en zonas controladas por Kiev, también se registraron violaciones en los territorios separatistas. En la práctica, la cuestión lingüística y la tensión hacia sectores rusófilos se convirtieron en un factor clave de la confrontación política y cultural, aunque también fueron instrumentalizadas por Rusia para justificar su intervención militar (Freedman; 2019, 2022).

Durante estos años, el conflicto adquirió un carácter multidimensional. En lo militar, Rusia mantuvo tropas y armamento cerca de la frontera ucraniana, generando un clima permanente de amenaza. En lo económico, Ucrania sufrió el impacto de las sanciones mutuas, mientras la Unión Europea y Estados Unidos imponían restricciones financieras y comerciales contra Moscú tras la anexión de Crimea. En el plano político, Kiev intensificó su acercamiento a Occidente, solicitando mayor cooperación con la OTAN y reafirmando su objetivo de integración a la Unión Europea, lo que fue visto por el Kremlin como un desafío directo a su esfera de influencia (Mearsheimer, 2014).

La confrontación también se manifestó en el terreno informacional y cibernético. Rusia desplegó campañas de desinformación y ciberataques contra instituciones ucranianas, mientras fomentaba narrativas sobre la protección de la minoría rusoparlante en el Donbás¹⁵. Esta “guerra híbrida” buscó desgastar a Kiev y dividir a la opinión pública internacional, al tiempo que reforzaba la legitimidad interna del gobierno de Putin bajo la idea de defender al “mundo ruso” (*Ruskiy Mir*) (Galeotti; 2014, 2022).

La acumulación de tensiones derivó en la crisis de 2021–2022, cuando Rusia concentró más de 150.000 efectivos en la frontera ucraniana. El 24 de febrero de 2022, Moscú lanzó una invasión a gran escala, justificándola en la necesidad de “desmilitarizar y desnazificar” Ucrania. Para Kiev y para Occidente se trató de un

¹⁵ Donbás (del ing. *Donbas*, acrónimo de *Donets Basin*) es una región histórico-industrial del este de Ucrania centrada en la cuenca hollera del río Donets. En el uso ucraniano suele referir principalmente a las óblasts de Donetsk y Luhansk (aunque, en sentido geológico, la cuenca se prolonga hacia Rostov del Don, en Rusia). Sus ciudades destacadas incluyen Donetsk, Luhansk, Kramatorsk y Mariúpol. Desde 2014 partes del territorio han estado fuera del control efectivo de Kiev, y tras la escalada de 2022 el estatus político-territorial permanece disputado.



acto de agresión que violaba de manera flagrante el derecho internacional y ponía en jaque la seguridad europea. El paso de la cooperación pragmática de los años noventa a la confrontación total tres décadas después quedó así consumado, transformando el conflicto regional en una crisis internacional de primera magnitud (Plokhy, 2023; McGlynn, 2023).

2.5 El papel de los actores internacionales: EE.UU., UE, OTAN y China

El conflicto entre Rusia y Ucrania no puede entenderse únicamente como una disputa bilateral. Desde 2004, la evolución de los acontecimientos estuvo condicionada por la participación activa de actores internacionales que, de manera directa o indirecta, incidieron en el pasaje de la cooperación a la confrontación. En particular, Estados Unidos, la Unión Europea y la OTAN desempeñaron un rol decisivo en el acercamiento de Kiev a Occidente, mientras que China se posicionó como un actor secundario, pragmático y oportunista, reforzando su alianza estratégica con Moscú. En clave de realismo neoclásico, las dinámicas de los actores que se mencionan operaron solo como condiciones estructurales; la traducción en anexión/escalada fue producto de percepciones de élite y capacidad estatal en Moscú para llevar adelante la defensa de sus intereses estratégicos.

2.5.1 Estados Unidos

Washington se presentó como un respaldo constante a las fuerzas políticas ucranianas orientadas hacia Occidente. Durante la Revolución Naranja de 2004, Estados Unidos apoyó el reclamo democrático contra el fraude electoral, lo que fue interpretado por Rusia como una injerencia directa en su esfera de influencia (Mearsheimer, 2014). Posteriormente, tras la anexión de Crimea en 2014, la política estadounidense se endureció: se aplicaron sanciones económicas y financieras contra Moscú y se incrementó la asistencia militar a Ucrania, incluyendo



entrenamiento y provisión de armamento defensivo. Desde la perspectiva rusa, esta injerencia de Washington confirmó que Ucrania era un escenario de confrontación geopolítica con Occidente (Charap & Priebe, 2023).

2.5.2 Unión Europea

La UE desempeñó un papel central en el proceso de reorientación ucraniana. El Acuerdo de Asociación negociado entre Bruselas y Kiev desde 2012 fue el detonante de la crisis política que llevó al Euromaidán. Para la Unión, se trataba de una política de acercamiento económico y de promoción de reformas democráticas; para Moscú, era un avance directo sobre un espacio vital. Tras la anexión de Crimea, la UE impuso sanciones a Rusia y respaldó diplomáticamente a Ucrania, al mismo tiempo que se convirtió en un mediador clave en los Acuerdos de Minsk. Sin embargo, la dificultad para imponer un cumplimiento efectivo evidenció las limitaciones europeas como garante de seguridad regional (Plokyh, 2015; Sakwa, 2015).

Hubo una apuesta estratégica en las decisiones políticas europeas para con Rusia que generó una paradoja de interdependencia. Desde el fin de los 70, existía un acuerdo tácito entre Alemania y Rusia. Rusia exportaba gas barato a Europa, y esta última podía abastecerse a un bajo costo. La materialización de esta cercanía son los gasoductos Nord Stream¹⁶. La conflictividad europea con Rusia llevó a recortes en el suministro de gas a Europa por parte del Kremlin, Rusia encontró fácilmente nuevos mercados en China y la India, mientras que Europa sufrió el aumento meteórico de los hidrocarburos, aumentando increíblemente sus costos de producción, y poniendo en compromiso su, ya casi nula, capacidad de competir en el ámbito tecnológico e industrial global. De forma irónica, Putin llegaría a afirmar en el *Süddeutsche Zeitung* Forum en 2010: *“No quieren (los europeos) energía nuclear*

¹⁶ Los Nord Stream son dos sistemas de gasoductos submarinos (Nord Stream 1 inaugurado en 2011 y Nord Stream 2 completado en 2021 pero nunca puesto en funcionamiento) que conectan directamente Rusia con Alemania a través del mar Báltico. Su objetivo era suministrar gas ruso a Europa evitando el tránsito por Ucrania y otros países de Europa del Este, reforzando así la dependencia energética e

uropea de Moscú.



(por las políticas verdes y progresistas), no quieren gas (por la animosidad europea con Rusia)... van a calentarse con leña? Pero para la leña también hay que ir a Siberia. Ni siquiera tienen leña”.

2.5.3 OTAN

La Organización del Tratado del Atlántico Norte representa, quizás, el factor más sensible para Moscú. Según la óptica del realismo ofensivo, la expansión de la OTAN hacia Europa del Este fue percibida por Rusia como una amenaza existencial (Mearsheimer, 2001). Aunque Ucrania no fue admitida formalmente como miembro, se intensificó la cooperación a través de programas de entrenamiento, ejercicios conjuntos y apoyo técnico. Cada paso de acercamiento entre Ucrania y Occidente fue interpretado por Moscú como una violación a las promesas implícitas de la posguerra fría de no expandir la Alianza hacia su perímetro inmediato (Sarotte, 2021). Esta dinámica reforzó la percepción rusa de cerco estratégico, contribuyendo a la decisión de actuar militarmente para restablecer el equilibrio de poder.

Entre 2014 y 2022, Ucrania avanzó en la modernización de sus fuerzas armadas mediante la incorporación de armamento y tecnologías occidentales. Recibió misiles antitanque Javelin (EE.UU.) y NLAW (Reino Unido), drones de ataque Bayraktar TB2 (Turquía), radares de contrabatería AN/TPQ-36, vehículos blindados ligeros HMMWV, así como sistemas de comunicaciones encriptadas y de mando compatibles con la OTAN. Estas adquisiciones, junto con programas de entrenamiento y ejercicios conjuntos como Rapid Trident y Sea Breeze, consolidaron una creciente interoperabilidad con la Alianza Atlántica y reforzaron la percepción rusa de que Ucrania se estaba integrando de facto en la esfera de seguridad occidental.

El principal problema del abastecimiento occidental a Ucrania es su alto coste, en detrimento de la producción militar rusa que es más abundante y más barata (por ejemplo en la producción de carros blindados y tanques). Un Leopard



2A8¹⁷ cuesta alrededor de 7 a 10 veces el tanque ruso T-14 Armata¹⁸. Ucrania ha tenido que endeudarse, en alrededor de doscientos mil millones de dólares para su militarización, con fondos del Extended Fund Facility del FMI, del Banco Mundial, del Banco Europeo de Inversiones (BEI) y del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (EBRD) y de acreedores privados internacionales (Shevchenko, 2025).

2.5.4 China

A diferencia de los actores occidentales, China mantuvo una posición pragmática. Tras 2014, evitó condenar abiertamente la anexión de Crimea, al tiempo que fortaleció su relación política y económica con Rusia mediante acuerdos energéticos y comerciales. En el plano diplomático, Pekín apoyó a Moscú en foros internacionales como el Consejo de Seguridad de la ONU, oponiéndose a sanciones unilaterales. Sin embargo, su involucramiento fue más cauteloso: China no se comprometió militarmente, buscando equilibrar su alianza con Rusia con la necesidad de mantener vínculos económicos con Europa y Estados Unidos (McGlynn, 2023). En términos geopolíticos, la crisis en Ucrania abrió oportunidades para que Pekín se consolidara como un socio imprescindible para Moscú, sin involucrarse directamente en la confrontación, al reducirse la posibilidad rusa de diversificar su política exterior frente a las sanciones de Occidente.

Por otro lado, es importante destacar que la guerra en Ucrania impactó, de forma parcial, negativamente en los intereses económicos de China, particularmente en el ámbito agrícola. En 2013, empresas estatales habían firmado acuerdos para arrendar millones de hectáreas de tierras en el sur de Ucrania con el fin de garantizar suministros de alimentos a largo plazo. Sin embargo, la anexión de Crimea y el estallido del conflicto en el Donbás en 2014 dificultaron la implementación de esos proyectos, al tiempo que quedaron en suspenso

¹⁷ Tanque alemán, considerado como el mejor del mundo, y armamento bandera de la OTAN.

¹⁸ El tanque ruso más moderno que ya al año 2025. Con base en contratos paquete de 2023–2025, el coste por unidad del Leopard 2A8 ronda €28–36 M, mientras que el T-14 Armata fue tasado por su fabricante en ~250 M RUB (2015) (~US\$3,7 M) y US\$5–7,1 M en estimaciones abiertas posteriores. Dado que las cifras no son estrictamente comparables (paquetes vs. estimaciones de fabricante sin producción masiva), diversas combinaciones arrojan ≈5–10×, pudiendo alcanzar 7–10× con los extremos de cada rango (Heiming; 2023).



inversiones estratégicas como la compra de la empresa aeronáutica *Motor Sich*. Frente a estas limitaciones, Pekín optó por mantener una postura prudente: redujo su exposición directa en Ucrania, pero reforzó sus vínculos energéticos y comerciales con Rusia, adoptando una estrategia pragmática frente a la inestabilidad regional.

En síntesis, el rol de los actores internacionales fue determinante para transformar el vínculo entre Rusia y Ucrania en un conflicto de escala global. Mientras Estados Unidos, la UE y la OTAN impulsaron un progresivo acercamiento de Kiev a Occidente, Rusia reaccionó endureciendo su postura. China, por su parte, se posicionó como un actor secundario pero estratégico, reforzando su alianza con Moscú en un escenario cada vez más polarizado. Desde el realismo neoclásico, que integra la lógica estructural del neorrealismo, se puede afirmar que estas dinámicas muestran cómo las alianzas y contra alianzas surgen como respuesta a amenazas percibidas, y cómo el sistema internacional condiciona directamente la política ucraniana y la reacción rusa. En este sentido, se destaca que las intuiciones neorrealistas operan, en este trabajo, como antecedente parcial, no como marco analítico adoptado (Walt, 1987; Rose, 1998).



Capítulo 3 - Cambios en la estructura internacional y regional y su impacto en la relación Rusia–Ucrania.

3.1 Introducción

El tránsito de la cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania difícilmente pueda comprenderse o abordarse únicamente desde la dinámica bilateral. La evolución de este vínculo estuvo profundamente condicionada por los cambios en la estructura del sistema internacional y regional a comienzos del siglo XXI. En particular, tres factores resultaron determinantes: la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) hacia Europa del Este, las políticas de la Unión Europea (UE) hacia Ucrania y las respuestas estratégicas de Rusia frente a estas transformaciones. Los cambios en la estructura regional se analizan en este capítulo como condiciones de fondo; el foco del mismo es mostrar cómo dichas presiones se procesaron internamente en Rusia y Ucrania, en clave de realismo neoclásico.

El dilema de seguridad constituye un marco esencial para comprender este proceso. En un sistema internacional anárquico, los Estados reaccionan con recelo a la expansión de alianzas militares en su periferia inmediata, percibiéndolas como amenazas existenciales (Waltz, 1979; Walt, 1987). En este contexto, la ampliación de la OTAN hacia Europa Oriental en las décadas de 1990 y 2000, y el eventual interés de Ucrania en sumarse a la Alianza, fueron interpretados en Moscú como una ruptura del equilibrio de poder regional y una pérdida de su influencia en la tierra donde se funda primitivamente el Estado ruso (Mearsheimer; 2001, 2014).



La Unión Europea, por su parte, desplegó una estrategia de acercamiento mediante programas como la Asociación Oriental y los Acuerdos de Asociación. Desde un enfoque liberal, estas iniciativas buscaban promover reformas democráticas, integración económica y cooperación institucional (Keohane, 1984; Ikenberry, 2001). Sin embargo, en la práctica, la UE se encontraba condicionada por una dependencia energética estructural que la ataba a Moscú. Alemania, como líder industrial del continente y motor político de la Unión Europea, había apostado a un acuerdo tácito con Rusia: Berlín obtenía gas natural barato para sostener su competitividad industrial, mientras Moscú aseguraba ingresos y vínculos privilegiados con Europa a través de proyectos como los gasoductos Nord Stream I y II (fueron canales de transporte de gas submarinos que unían Rusia con Alemania por el Báltico, y quedaron inactivos tras el sabotaje de 2022). Diversos medios de comunicación internacionales como *The New York Times*, *Wall Street Journal*, *Der Spiegel*, *The Washington Post* y *New Yorker* llegaron a plantear que el sabotaje se produjo como una operación encubierta ucraniana para profundizar la polarización Europa-Rusia y arrastrar a la UE al conflicto ucraniano. Encontramos que la antes mencionada interdependencia revelaba una contradicción en la postura europea: mientras, por un lado, reclamaba la soberanía de Ucrania y promovía reformas democráticas en Kiev; por otro, contribuía indirectamente a fortalecer la capacidad rusa de sostener su política revisionista (Brzezinski, 1997; Sakwa, 2015).

Las respuestas de Rusia frente a estas dinámicas confirman la relevancia del enfoque neorrealista y neoclásico. Por un lado, el Kremlin reaccionó con políticas defensivas y ofensivas, que incluyeron el uso del gas como instrumento de presión, la guerra híbrida y la anexión de territorios. Por otro lado, los factores domésticos e ideológicos, como la centralización del poder en torno a Vladimir Putin y la narrativa del *Ruskiy Mir*, reforzaron la decisión de enfrentar de manera contundente el avance occidental (Suslov, 2018; Dugin, 1997; Lukyanov, 2014).

Asimismo, la experiencia ucraniana no fue un caso aislado, sino parte de un patrón regional de actuación rusa. El precedente de Georgia en 2008, con la guerra relámpago que derivó en el reconocimiento de Abjasia y Osetia del Sur, mostró la disposición de Moscú a utilizar la fuerza para frenar el acercamiento de Estados postsoviéticos a la OTAN (Saroette, 2021). De manera similar, los “conflictos



congelados” en Moldavia (Transnistria y, en menor medida, Gagauzia)¹⁹ consolidaron una estrategia de mantener a sus vecinos en una situación de dependencia y vulnerabilidad estructural (Plokhy, 2015).

Finalmente, el impacto del conflicto trascendió el espacio regional. La República Popular China, si bien robusteció su alianza energética y diplomática con Moscú, enfrentó también limitaciones para continuar sus proyectos de expansión comercial en Ucrania y Europa Oriental, lo que redujo su margen de acción y terminó favoreciendo indirectamente a Estados Unidos en la competencia global. Esta ambivalencia confirma que el caso ucraniano debe analizarse no sólo en términos europeos, sino también como un episodio clave en la transformación del orden internacional contemporáneo.

En suma, este capítulo examinará cómo los cambios en la estructura internacional y regional (en torno a la OTAN, la Unión Europea y las reacciones de Rusia, con la inclusión de los casos georgiano y moldavo, así como el rol ambivalente de China) incidieron de manera decisiva en la relación bilateral entre Moscú y Kiev. El análisis permitirá situar el pasaje de la cooperación al conflicto dentro de un marco más amplio de tensiones estructurales que definieron el escenario geopolítico de Eurasia en las primeras dos décadas del siglo XXI.

3.2 La expansión de la OTAN y el dilema de seguridad ruso

Uno de los factores más significativos que incidieron en la transformación del vínculo entre Rusia y Ucrania fue la expansión de la OTAN hacia Europa del Este tras el fin de la Guerra Fría. En la década de 1990, la Alianza Atlántica sumó a Polonia, Hungría y la República Checa en 1999, y en 2004 incorporó a los Estados

¹⁹ Moldavia (hoy República de Moldavia) fue parte de la URSS hasta su independencia del 27 de agosto de 1991. En ese tránsito afloraron dos contenciosos: Transnistria (franja al este del Dniéster donde vive una importante comunidad rusa) proclamó su secesión en 1990 y la crisis derivó en una guerra breve en 1992; el alto el fuego dejó a la región como entidad de facto con tropas rusas desplegadas y un proceso de arreglo bajo el formato “5+2” (Moldavia, Transnistria, OSCE, Rusia, Ucrania, con UE y EE. UU. como observadores). Por su parte, Gagauzia (minoría turcófona del sur) también proclamó una “república” en 1990, pero el diferendo se resolvió por vía institucional con la Ley de estatuto especial de 1994, que le otorgó autonomía dentro de Moldavia.



bálticos, Rumania y Bulgaria, entre otros. Desde la lógica occidental, estas ampliaciones respondían a demandas de seguridad de países históricamente amenazados por Moscú y al interés de consolidar un espacio europeo democrático y estable (Keohane, 1984; Ikenberry, 2001). Sin embargo, desde la mirada rusa, esta dinámica implicaba una ruptura de los compromisos tácitos alcanzados en la posguerra fría, según los cuales la OTAN no avanzaría hacia el este (Sarotte, 2021; Gotz & Ekman, 2024).

La preocupación por la expansión de la OTAN no es una construcción retórica, sino que está formalmente recogida en los documentos estratégicos de Moscú. Por ejemplo, la Doctrina Militar de la Federación Rusa (2014) señala cómo una de las principales amenazas externas es precisamente el “aumento del potencial de la OTAN y el otorgamiento a la Alianza de funciones globales realizadas en violación del derecho internacional, así como la expansión de su infraestructura militar hacia las fronteras de la Federación Rusa”. De manera complementaria, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2021 reitera que Rusia enfrenta un entorno estratégico adverso, caracterizado por “el fortalecimiento de la OTAN y su acercamiento a las fronteras de Rusia”. Estos pasajes evidencian que la percepción de amenaza rusa frente a la OTAN está institucionalizada y legitimada desde el lenguaje oficial de su política de seguridad.

Para el realismo estructural y el realismo neoclásico, la explicación es clara: en un sistema internacional anárquico, la expansión de una alianza militar en las fronteras de una gran potencia altera el equilibrio de poder y es percibida como una amenaza existencial (Waltz, 1979). En este marco, la posibilidad de que Ucrania y Georgia se acercaran a la OTAN resultaba intolerable para Moscú, pues significaba perder dos espacios considerados vitales para su seguridad nacional y su proyección regional (Mearsheimer, 2001, 2014).

En este sentido, las revoluciones de colores (Serbia 2000, Georgia 2003, Ucrania 2004 y Kirguistán 2005) fueron movilizaciones sociales que derivaron en cambios de gobierno tras denuncias de fraude y autoritarismo, percibidas por algunos como procesos democratizadores y por sectores rusófilos como intervenciones externas en el espacio postsoviético promovidas por agencias gubernamentales norteamericanas como la CIA.



En 2007, Vladimir Putin expresó de manera contundente esta preocupación en la Conferencia de Seguridad de Múnich, donde denunció que la expansión de la OTAN representaba un intento unilateral de imponer un orden internacional dominado por Estados Unidos, ignorando los intereses de Rusia. Según Mearsheimer (2014), este discurso anticipaba la ruptura con Occidente y reflejaba la lógica del realismo ofensivo: frente a un cerco percibido, Rusia estaba dispuesta a actuar de manera agresiva para restaurar su influencia en su periferia inmediata. El primer mandatario ruso afirmó en la Conferencia de Seguridad de Munich de 2007: *“la expansión de la OTAN no tiene relación con la modernización de la propia Alianza ni con la seguridad en Europa. Al contrario, representa una seria provocación que reduce la confianza mutua.”* Como propuesta, Putin propone un mundo multipolar planteando que: *“el modelo unipolar es inaceptable en el mundo actual. No solo es inaceptable, sino imposible en el mundo contemporáneo.”*

La guerra de Georgia en 2008 confirmó este patrón de conducta. En agosto de ese año, tras la escalada de tensiones en Abjasia y Osetia del Sur (regiones con importantes minorías rusas y movimientos separatistas frente a Georgia)²⁰, Moscú lanzó una operación militar relámpago que derrotó a las fuerzas georgianas en apenas cinco días garantizando su independencia de facto frente al gobierno georgiano. Posteriormente, Rusia reconoció la independencia de ambas regiones, desafiando abiertamente al orden internacional. Este episodio fue interpretado por autores como Sakwa (2015) y Plokhy (2015) como una advertencia estratégica: Rusia no permitiría la incorporación de Estados postsoviéticos a la OTAN sin reaccionar con fuerza. En la cumbre de Bucarest de ese mismo año, tanto Georgia como Ucrania habían recibido garantías de que eventualmente podrían ingresar a la Alianza. Para la posición rusa, esa decisión equivalía a una “línea roja” que Occidente estaba dispuesto a cruzar.

La inclusión del caso georgiano resulta clave porque muestra que la política rusa hacia Ucrania no fue una reacción improvisada en 2014, sino parte de un

²⁰ Los conflictos en Abjasia y Osetia del Sur surgieron tras la disolución de la URSS, cuando estas regiones separatistas dentro de Georgia proclamaron su independencia a inicios de la década de 1990, con apoyo directo o indirecto de Rusia. La guerra ruso-georgiana de agosto de 2008, detonada por los enfrentamientos en Osetia del Sur, culminó con la intervención militar rusa y el reconocimiento por parte de Moscú de la independencia de ambas entidades, pese a la condena de la mayoría de la comunidad internacional. Desde entonces, Georgia considera a Abjasia y Osetia del Sur como territorios ocupados por Rusia, mientras que Moscú mantiene una fuerte presencia militar en la zona.



patrón más amplio de defensa de su “zona colchón estratégica”. Para Moscú, tanto el Cáucaso como el espacio ucraniano constituyen puntos de vulnerabilidad geopolítica: a través de Ucrania ingresaron históricamente, como antes mencionamos en el Capítulo 2, las invasiones napoleónicas y nazi, mientras que en el Cáucaso se juegan los accesos energéticos y de seguridad hacia Asia Central (Brzezinski, 1997; Marshall, 2017).

La reacción rusa puede explicarse también a través de la teoría del equilibrio de amenazas (Walt, 1987). Moscú no solo percibía a la OTAN como una alianza poderosa en términos materiales, sino también como un bloque con intenciones hostiles: la promoción de las “revoluciones de colores” en Georgia (2003) y Ucrania (2004) reforzó la percepción de que Occidente buscaba instalar gobiernos prooccidentales en el espacio postsoviético, debilitando la influencia rusa. En este marco, la anexión de Crimea en 2014 y la intervención en el Donbás no pueden entenderse únicamente como hechos aislados, sino como parte de una estrategia acumulativa de respuesta a la expansión de Occidente en su periferia.

El caso ucraniano, sin embargo, presenta una diferencia sustancial respecto al de Georgia. Ucrania no solo es un Estado fronterizo, sino también un espacio con un peso demográfico, industrial y cultural mucho mayor, considerado por ideólogos, como Dugin (1997) y Suslov (2018), como indispensable para la identidad civilizatoria rusa y su proyección euroasiática. Así, mientras en Georgia, Moscú buscó enviar una señal de fuerza a Occidente, en Ucrania actuó con mayor intensidad porque el desenlace de su orientación estratégica compromería directamente la proyección de Rusia como potencia regional y global (Lukyanov, 2014; Karaganov, 2018, 2022, 2023).

Por otro lado, debemos destacar que otro elemento que agudizó la percepción rusa de amenaza fue la profundización de la cooperación militar entre Ucrania y la OTAN a lo largo de la década de 2000 y, especialmente, después de 2014. Aunque Ucrania nunca obtuvo un Plan de Acción para la Adhesión (MAP), la Alianza impulsó una serie de programas de interoperabilidad militar, entrenamiento conjunto y ejercicios regulares en territorio ucraniano. Entre los más relevantes se encuentran el ejercicio Rapid Trident, desarrollado anualmente en la región de Leópolis con participación de tropas estadounidenses y europeas, y el ejercicio



naval Sea Breeze, en el Mar Negro, donde unidades ucranianas operaban junto a fuerzas de Estados Unidos, Reino Unido y otros aliados (Snyder, 2018; Kofman & Lee, 2022).

Estas maniobras no solo robustecieron la capacidad técnica de las Fuerzas Armadas ucranianas, sino que también enviaron un mensaje político: Kiev se alineaba progresivamente con la esfera de seguridad occidental. Según Mearsheimer (2014), este proceso equivalía a una integración “de facto” de Ucrania en la OTAN, lo que confirmaba a Moscú que su vecino se alejaba definitivamente de su zona de influencia (Giles; 2022). En este sentido, la cooperación militar ucraniana con la Alianza se convirtió en un factor clave para explicar la creciente tensión y la posterior reacción rusa .

En suma, la intensificación de la expansión de la OTAN generó un círculo de acción y reacción que transformó la relación entre Rusia y Ucrania. Lo que para Occidente significaba consolidar un orden seguro y democrático, para Moscú equivalía a una amenaza existencial que debía ser contenida a toda costa. La guerra de Georgia en 2008, la profundización en la vinculación de Ucrania y la alianza atlantista son expresiones de un mismo dilema: la dificultad de construir un orden europeo estable sin incorporar los intereses de seguridad de Rusia.

3.3 Las políticas de la Unión Europea y el acercamiento ucraniano

El segundo factor determinante en la transformación del vínculo entre Rusia y Ucrania fue el papel desempeñado por la Unión Europea. Desde inicios del siglo XXI, Bruselas promovió políticas de acercamiento hacia los países del Este a través de la Política Europea de Vecindad (2004) y, más tarde, de la Asociación Oriental (2009). Estos instrumentos buscaban extender la influencia normativa de la UE, promoviendo reformas democráticas, liberalización económica y cooperación



institucional en Estados como Ucrania, Georgia y Moldavia (Ikenberry, 2001; Keohane, 1984).

Para Kiev, el proceso de negociación del Acuerdo de Asociación con la UE representó una oportunidad histórica de modernización y apertura al mercado europeo. El acuerdo incluía la creación de una Zona de Libre Comercio de Alcance Amplio y Profundo (ZLCAP), que hubiera integrado a Ucrania de manera gradual en las cadenas productivas europeas (Plokyh, 2015). Sin embargo, este proyecto fue percibido en Moscú como una amenaza directa a su esfera de influencia: significaba desplazar a Ucrania de su órbita económica y reducir su capacidad de influencia política en la región (Sakwa, 2015).

La contradicción se volvió más evidente cuando, en noviembre de 2013, el presidente Viktor Yanukóvich suspendió la firma del Acuerdo de Asociación con la UE tras intensas presiones del Kremlin, que ofrecía subsidios energéticos y créditos financieros a cambio de mantener el acercamiento a Bruselas en suspenso. Esta decisión desencadenó las protestas del Euromaidán, punto de quiebre que precipitó la caída del gobierno y la posterior intervención rusa (Snyder, 2018).

No obstante, la política de la UE hacia Ucrania no puede entenderse sin considerar el factor energético, donde Alemania jugó un rol central. Berlín había apostado a un acuerdo tácito con Moscú: el suministro de gas ruso barato garantizaba la competitividad de la industria alemana, mientras Rusia obtenía ingresos estratégicos y un canal privilegiado con Europa. Proyectos como los ya referidos gasoductos Nord Stream I (2011) y Nord Stream II (construido en 2021 pero nunca habilitado) reflejaron esa interdependencia. Pese a ello, esta estrategia debilitó a Ucrania, al desviar los flujos de gas por el Mar Báltico y reducir la importancia de los gasoductos ucranianos como vía de tránsito (Brzezinski, 1997; Sakwa, 2015). Cabe destacar que la dependencia energética europea frente a Rusia no fue un fenómeno repentino del siglo XXI, sino que tiene raíces históricas más profundas. Desde la década de 1970, en el marco de la distensión de la Guerra Fría, los principales países de Europa Occidental comenzaron a importar crecientes volúmenes de gas y petróleo soviético, consolidando una relación de interdependencia que se mantendría durante décadas. Este proceso fue acompañado por lo que se podría denominar como una política de “dependización”



energética: al tiempo que se incrementaron las importaciones de hidrocarburos rusos, muchos países europeos redujeron su autonomía energética. La tendencia se profundizó a partir del comienzo del siglo XXI, cuando las políticas ecologistas promovieron el cierre progresivo de plantas nucleares y el abandono del carbón, en favor de una transición verde todavía incapaz de garantizar un suministro estable y barato (véase, por ejemplo, el caso del Partido Verde en Alemania y su influencia en la política energética alemana, y las consecuencias en la profundización de este fenómeno tras el accidente de Fukushima en 2011). El resultado fue una mayor desindustrialización relativa y un incremento en los costos de producción, que dejaron a Europa más vulnerable frente a la volatilidad de los precios internacionales y a la capacidad de presión de Moscú

Como consecuencia de lo mencionado, el continente se volvió aún más dependiente de los hidrocarburos rusos, lo que aumentó la vulnerabilidad estructural de Europa frente a Moscú. En varias ocasiones, Rusia utilizó el gas como arma política: los cortes de suministro en 2006 y 2009 durante disputas con Kiev no solo afectaron a Ucrania, sino también a consumidores europeos, demostrando hasta qué punto la seguridad energética estaba subordinada a la voluntad del Kremlin (Charap & Colton, 2017).

En este sentido, el papel de la UE frente al conflicto ruso-ucraniano estuvo marcado por una paradoja: por un lado, apoyaba reformas democráticas y promovía la integración de Ucrania en el espacio europeo; por otro, su dependencia energética de Rusia financiaba indirectamente la capacidad del Kremlin de sostener una política exterior revisionista. Esta ambivalencia debilitó la coherencia europea y limitó su capacidad para actuar como garante de seguridad en la región, lo que refuerza el argumento de que la estructura material del sistema internacional condiciona de manera determinante las decisiones de política exterior (Mearsheimer, 2014).

3.4 China y la dimensión global del conflicto



El conflicto entre Rusia y Ucrania no sólo transformó el equilibrio de poder en Europa del Este, sino que también impactó de manera significativa en la competencia global entre Estados Unidos y la República Popular China. Aunque Pekín se ha presentado como un socio estratégico de Moscú en el plano energético, comercial y diplomático, su papel frente a la crisis ucraniana revela una clara ambivalencia: si bien se fortaleció la cooperación sino-rusa, las hostilidades en Ucrania limitaron proyectos de expansión que China venía desarrollando en la región, reduciendo su capacidad de influencia en Europa Oriental y, en última instancia, favoreciendo la posición estadounidense en la competencia global.

Desde la anexión de Crimea en 2014, China evitó condenar abiertamente a Rusia en foros internacionales y, en cambio, amplió los acuerdos bilaterales de suministro energético y comercio. El contrato firmado en 2014 entre Gazprom y la China National Petroleum Corporation (CNPC) consolidó un vínculo estratégico que aseguraba a Moscú un mercado alternativo frente a las sanciones occidentales (McGlynn, 2023). Asimismo, Pekín respaldó a Rusia en el Consejo de Seguridad de la ONU, oponiéndose a sanciones unilaterales y presentándose como un aliado político frente a la presión de Estados Unidos y la Unión Europea.

A pesar de todo eso, esta alianza estratégica tuvo un costo. Antes del estallido de la crisis ucraniana, China había desarrollado una serie de proyectos de expansión económica en Ucrania, concebidos como parte de la Iniciativa de la Franja y la Ruta de la Seda. En 2013, empresas estatales chinas firmaron acuerdos para arrendar cerca de tres millones de hectáreas de tierras agrícolas en el sur de Ucrania, destinadas a garantizar la seguridad alimentaria de largo plazo (Plokhly, 2015). Al mismo tiempo, la empresa china Skyrizon intentó adquirir el control de Motor Sich, fabricante ucraniano de motores aeronáuticos estratégicos. Ambos proyectos quedaron frustrados tras la anexión de Crimea y la posterior intensificación de la guerra en el Donbás, lo que restringió la capacidad china de expandir su presencia económica en el espacio postsoviético.

Esta limitación refleja la paradoja de la posición china frente a la disputa. Por un lado, Pekín se benefició de un acceso preferencial a la energía rusa con precios descontados y consolidó a Moscú como socio estratégico en su agenda multipolar. Por otro, perdió oportunidades de inversión en sectores clave de Ucrania y vio



obstaculizada su proyección hacia Europa Oriental, un espacio fundamental para la expansión terrestre de la Iniciativa de la Franja y la Ruta de la Seda (IFR). Como señala Sakwa (2015), la disputa convirtió a Rusia en un socio cada vez más dependiente de China, pero también encadenó a Pekín a un aliado debilitado y sancionado, lo que redujo su margen de maniobra internacional.

Desde la perspectiva de Estados Unidos, esta ambivalencia favoreció su posición en la competencia global. Al intensificarse la guerra en Ucrania, Europa reforzó su dependencia estratégica de Estados Unidos, tanto en materia de seguridad (a través de la OTAN) como en el plano energético, importando gas natural licuado (GNL) desde proveedores norteamericanos. De esta forma, Washington logró fortalecer su liderazgo en Europa, al tiempo que China vio restringida su influencia en una región clave para sus proyectos de conectividad e infraestructura.

En síntesis, el papel de China frente al conflicto ruso-ucraniano refleja una ambivalencia estratégica: se consolidó como socio indispensable de Moscú en un escenario de creciente aislamiento internacional, pero perdió capacidad de expansión en Europa Oriental y terminó favoreciendo, de manera indirecta, la hegemonía estadounidense en el espacio global. Este desenlace confirma que la confrontación en Ucrania trasciende lo regional y debe analizarse también como un episodio clave en la transformación del orden mundial contemporáneo (McGlynn, 2023; Snyder, 2018).



Capítulo 4 - Del Ruskiy Mir a la guerra: pensamiento político ruso y estrategia en Ucrania

4.1 Introducción

El paso de la cooperación al conflicto en la relación entre Rusia y Ucrania debe comprenderse también desde las motivaciones rusas. Es necesario atender al peso de las ideas, doctrinas e ideologías políticas que nutren la política exterior del Kremlin. En este sentido, el pensamiento de distintos ideólogos rusos desempeñó un rol significativo en la construcción de los marcos conceptuales que legitimaron el accionar de Moscú frente a Ucrania.

Entre los referentes más influyentes destaca Alexander Dugin, quien desde la década de 1990 impulsó una cosmovisión geopolítica plasmada en *Los fundamentos de la geopolítica* (1997) y, posteriormente, en la *Cuarta Teoría Política* (2009). Esta doctrina se presenta como una alternativa al liberalismo, al comunismo y al fascismo, proponiendo un orden multipolar basado en identidades civilizatorias y en el rechazo a la hegemonía occidental. Paradójicamente, hay cierto punto de partida similar con Samuel Huntington en su libro *Choque de Civilizaciones* (que sería combustible para las administraciones de Bush hijo luego del 11 de Septiembre de 2001). El planteo de Dugin influyó en sectores del *establishment* ruso al dotar de un marco ideológico al concepto de *Ruskiy Mir* (Mundo ruso), que fue retomado explícitamente en los discursos de Vladimir Putin como justificación cultural e histórica para la defensa de las comunidades rusoparlantes en el extranjero (Suslov, 2018; Dugin, 1997).

Junto con Dugin, otros pensadores y estrategas también aportaron elementos claves a la visión de la política exterior rusa. Sergei Karaganov, cercano al Kremlin, defendió la idea de que Rusia debía adoptar una postura más firme frente a Occidente y considerar incluso la amenaza del uso nuclear táctico como instrumento de disuasión. Fedor Lukyanov, editor de *Russia in Global Affairs*, analizó la



necesidad de reconfigurar la política rusa hacia un orden multipolar, abandonando la ilusión de integración plena en el sistema occidental (Lukyanov; 2014, 2016). Asimismo, el diplomático Igor Ivanov (2002), exministro de Exteriores, había advertido ya a comienzos de siglo sobre los riesgos de la expansión de la OTAN y la necesidad de afirmar un rol autónomo para Rusia en el sistema internacional.

Estas corrientes intelectuales convergieron en un discurso político que se refleja claramente en los mensajes del Kremlin. Desde la Conferencia de Seguridad de Múnich (2007) hasta la invasión a gran escala de Ucrania en 2022, los discursos de Putin muestran una narrativa consistente: rechazo a la hegemonía estadounidense, denuncia de la expansión de la OTAN como amenaza existencial y reivindicación de una identidad civilizatoria rusa con derecho a defender su espacio vital. Este lenguaje retoma nociones centrales de la teoría geopolítica de Dugin y de la doctrina del *Russskiy Mir*, evidenciando la permeabilidad entre ideología y política exterior. En este capítulo se analizará cómo pensadores como Dugin, Karaganov, Lukyanov e Ivanov influyeron en la formulación de esta narrativa, mostrando que la confrontación con Ucrania no fue solo una reacción pragmática a estímulos externos, sino también el resultado de un marco ideológico que legitimó el uso de la fuerza como instrumento de política.

4.2 Ucrania como condición del euroasianismo ruso

El giro ideológico que acompañó la política exterior rusa hacia Ucrania no surgió de manera espontánea con la llegada de Putin, sino que tiene antecedentes más profundos en el pensamiento euroasianista. Esta corriente, gestada en el exilio ruso tras la Revolución de 1917, defendía la idea de que Rusia constituía una civilización singular, distinta tanto de Europa como de Asia. Siendo sus fuerzas profundas de su identidad civilizatoria: la Ortodoxia, la geografía transcontinental y su concepción de “Tercera Roma” (heredera del segundo Imperio Romano, el Oriental o Bizantino de quien recibe Vladimir el Grande la fe fundante para el pueblo ruso).



Entre sus fundadores destacan Nikolái Trubetskoy (1920), quien en *Europa y la Humanidad* (1920) criticó el eurocentrismo hegemónico de Europa Occidental y postuló que Rusia debía afirmarse como un núcleo civilizatorio autónomo, y Piotr Savitsky, que desarrolló en los años 1920 el concepto de “Eurasia” como unidad geopolítica diferenciada, en la que Rusia desempeñaba el rol de pivote estratégico. Para Savitsky (1925, 1927), la identidad rusa surgía del mestizaje entre elementos eslavos y túrquicos, lo que legitimaba su proyección hacia Asia Central y reforzaba la visión de un destino histórico propio.

Estas ideas, aunque marginales durante gran parte del período soviético, reaparecieron en los años noventa bajo una forma más pragmática en la llamada Doctrina Primakov. Como ministro de Asuntos Exteriores (1996–1998) y luego primer ministro (1998–1999), Yevgueni Primakov defendió que Rusia debía abandonar la ilusión de integrarse plenamente en Occidente, que en un primer momento había promovido Boris Yeltstin, y que debía reafirmarse como una potencia euroasiática. Su planteo descansaba en tres pilares fundamentales: el rechazo al mundo unipolar dominado por Estados Unidos, la construcción de un orden multipolar basado en alianzas estratégicas con potencias como China e India, y la consolidación de la Comunidad de Estados Independientes como espacio natural de influencia rusa (Sakwa, 2015; Snyder, 2018).

En este sentido, Primakov puede considerarse el primer arquitecto de un pivote euroasiático en la Rusia post-soviética. Aunque no compartía el radicalismo ideológico de los eurasiánistas clásicos, retomó sus nociones de civilización diferenciada y las tradujo en un programa político-diplomático orientado a limitar la influencia occidental y ampliar la autonomía estratégica rusa. Décadas más tarde, esta tradición sería radicalizada por ideólogos como Alexander Dugin, que transformaron el euroasianismo en una plataforma explícitamente antioccidental y en la base intelectual del *Russkiy Mir*.

En el terreno de los pensadores contemporáneos, la figura de Alexander Dugin ocupa un lugar destacado como principal referente del neoeurasiánismo. En *Los fundamentos de la geopolítica* (1997) y en *La cuarta teoría política* (2009), Dugin sostiene que el liberalismo occidental ha agotado su legitimidad histórica y que Rusia tiene la misión de encabezar un nuevo orden civilizatorio. Su planteo



articula geopolítica e ideología: la multipolaridad frente a la hegemonía de Estados Unidos, la defensa del *Ruskiy Mir* como comunidad cultural y política, y la necesidad de mantener a Ucrania bajo control ruso para evitar que Moscú quede relegada a una potencia puramente asiática. En esta visión, perder Ucrania equivale a una fractura irreparable del proyecto euroasiático. Las obras y pensamiento de Alexander Dugin se nutren también de la tradición geopolítica occidental, en particular de la teoría del *Heartland* formulada por Halford Mackinder en 1904. Mientras Mackinder advertía que quien controlara Europa del Este dominaría el “corazón” de Eurasia y, en última instancia, el mundo, Dugin reinterpreta este principio en clave neoeurasianista: Rusia sería la potencia natural del *Heartland* y Ucrania la bisagra imprescindible para proyectar poder hacia Europa. Sin Kiev, Rusia quedaría reducida a un polo oriental, lo que convierte la tesis mackinderiana en un argumento central de la ideología del *Ruskiy Mir*.

Dugin propone la Cuarta Teoría Política, cuyo eje no es el individuo (como en el liberalismo), ni la clase (como en el marxismo), ni la raza o el Estado (como en el fascismo o nazismo), sino el Dasein (concepto heideggeriano del “ser-ahí”). Se trata de colocar en el centro la existencia humana enraizada en tradiciones, comunidades y civilizaciones particulares. Desde esta perspectiva, el mundo debe concebirse como un espacio multipolar, donde coexisten múltiples centros de poder y civilizaciones, en contraposición a la hegemonía liberal-occidental. El pensamiento de Dugin reivindica las raíces culturales y espirituales como fuerzas de resistencia frente a la globalización, a la que entiende como un mecanismo uniformador y opresivo (Dugin; 2009).

Dentro de su propuesta en donde Rusia es una civilización, y esta civilización es euroasiática, Dugin otorga a Ucrania un lugar central. Para él, este país no constituye un Estado soberano legítimo, sino una construcción artificial impulsada por Occidente con el fin de debilitar a Rusia. En su interpretación, Ucrania es parte integrante de la civilización rusa, junto con Bielorrusia, y su separación del espacio ruso representa una amenaza existencial para el futuro del proyecto eurasiático. De hecho, Dugin sostiene que sin Ucrania Rusia no puede mantener su condición imperial y quedaría reducida a una mera potencia sin capacidad de proyectar poder (Curta; 2001).



En este marco, la independencia ucraniana es vista como un experimento occidental orientado a crear un “anti-Rusia”, es decir, un polo de poder destinado a obstaculizar la reunificación del espacio eurasiático. Por ello, ha defendido abiertamente que una Ucrania prooccidental constituye una amenaza para la supervivencia misma del Estado ruso. Conforme a su visión, el conflicto en Ucrania no es simplemente territorial, sino civilizacional, pues enfrenta a Rusia y sus aliados euroasiáticos con el liberalismo globalista representado por Estados Unidos, la OTAN y la Unión Europea. El autor menciona, tanto en 1997 como en 2009, en sus dos obras que utilizamos para este trabajo, que una confrontación militar con Ucrania es inevitable.

En cuanto a las soluciones, Dugin ha afirmado de manera explícita que Ucrania debería ser “*desucranizada*” y “*desnazificada*”, negando la validez de una identidad nacional ucraniana independiente, llegando a afirmar que el Oeste ucraniano, Leópolis y adyacencias, son en realidad la antigua región de Rutenia, zona que fuera por muchos años parte de Polonia. Al mismo tiempo ha llegado a sostener que “*Ucrania debe dejar de existir como Estado*” en su forma actual. Mucho antes de la invasión de 2022, ya advertía que Rusia debía estar dispuesta a emplear la fuerza militar para recuperar el control sobre el territorio ucraniano, una postura que se vio confirmada en su respaldo total a la guerra iniciada ese año. Para Dugin, este conflicto constituye una batalla histórica en la que se define el futuro del orden mundial, donde la victoria rusa es condición indispensable para la consolidación de un bloque multipolar eurasiático capaz de desafiar la hegemonía occidental. Putin, el día que anuncia la invasión a Ucrania en 2022, plantea que el objetivo de la misma es “... *proteger a las personas que, desde hace ocho años, enfrentan humillación y genocidio perpetrados por el régimen de Kiev. Para este fin, buscaremos desmilitarizar y desnazificar Ucrania*”

En una línea más pragmática, nos encontramos con Sergei Karaganov. El autor es crítico del orden liberal internacional dominado por Estados Unidos tras la Guerra Fría. Sostiene que este sistema debilitó la soberanía y la seguridad global y culpabiliza al unilateralismo norteamericano, aunque advierte que ya hoy atraviesa una crisis terminal. Su pensamiento se apoya en la idea de restaurar la “disuasión por el miedo” (propio de la tradición del realismo ofensivo), recuperando la



capacidad de intimidación nuclear de Rusia frente a Occidente, sobre todo siendo un firme defensor de la preservación y el aumento de la capacidad nuclear táctica rusa. Además, defiende un mundo multipolar y un reposicionamiento de Rusia como potencia euroasiática, estrechando lazos con Asia. En contraste con la supuesta decadencia cultural occidental, plantea que Rusia debe afirmarse como un Estado-civilización con valores propios.

Respecto a Ucrania, Karaganov la considera un error histórico en su forma independiente, transformada en un bastión occidental contra Moscú. A su juicio, la guerra de 2022 constituye un paso doloroso pero necesario para garantizar la seguridad estratégica rusa y redefinir el equilibrio mundial. El desenlace de este conflicto, afirma, será decisivo no solo para el futuro de Ucrania, sino también para consolidar un orden internacional post-occidental en el que Rusia recupere centralidad.

En contraste, Fedor Lukyanov, editor de *Russia in Global Affairs* y editor de *Russia in Global Affairs* y presidente del think tank *Consejo de Política Exterior y Defensa*, adopta un tono analítico que busca explicar la confrontación actual como consecuencia estructural del orden internacional. Según Lukyanov (2014, 2016), tras el fracaso del intento de integración con Occidente en los años noventa, Rusia se vio obligada a redefinir su papel en un escenario multipolar, asumiendo que su seguridad y su estatus dependían de preservar la influencia sobre el espacio postsoviético. Sin recurrir a la retórica civilizatoria de Dugin, Lukyanov advierte que el desenlace del conflicto en Ucrania determinará si Moscú es reconocido como polo de poder o queda reducido a una potencia secundaria.

A diferencia de Dugin, que proyecta la guerra como una lucha cultural, y de Karaganov, que la concibe como un pulso geopolítico radical donde la disuasión nuclear es central, Lukyanov ofrece una lectura más sobria: Ucrania es el escenario donde se evidencia el derrumbe del sistema liberal y el incierto nacimiento de un mundo multipolar.

Por último, destacamos a Igor Ivanov, quien se desempeñó como ministro de Asuntos Exteriores entre 1998 y 2004, éste representa la línea más moderada de este conjunto de intelectuales. Desde comienzos de siglo, Ivanov alertó sobre los



riesgos de la expansión de la OTAN y defendió la necesidad de que Rusia consolidara un rol autónomo en el sistema internacional. A diferencia de Dugin, no descarta la posibilidad de cooperación con Occidente, pero exige que se reconozca la soberanía estratégica rusa y su derecho a mantener influencia en su periferia inmediata. Su visión, más cercana a la diplomacia soviética tradicional, busca un equilibrio entre el rechazo al unipolarismo y la apertura a la negociación.

En relación con Ucrania, Ivánov sostiene que la única salida sostenible pasa por la negociación diplomática y por el establecimiento de mecanismos de seguridad compartida, que reconozcan tanto los intereses de Moscú como la soberanía de Kiev. Aunque admite la relevancia estratégica del espacio postsoviético, advierte que el uso de la fuerza solo agrava la inestabilidad y aumenta el riesgo de confrontación con Occidente. En contraposición con la visión de Dugin, que apuesta por una batalla cultural, y la de Karaganov, que justifica una presión estratégica incluso con el recurso nuclear, Ivánov plantea que la fortaleza de Rusia en el escenario global debería sustentarse en la diplomacia, el diálogo multilateral y el respeto a las reglas internacionales.

En conjunto, estas perspectivas muestran la diversidad de corrientes que nutren la política exterior rusa. Desde el radicalismo ideológico de Dugin hasta el pragmatismo analítico de Lukyanov, pasando por el realismo duro de Karaganov y la cautela diplomática de Ivánov, todas coinciden en un punto: sin Ucrania, Rusia no puede sostener su proyecto de potencia euroasiática ni garantizar un lugar central en un sistema internacional que avanza hacia la multipolaridad.

La influencia del pensamiento euroasianista se hizo evidente en la narrativa oficial del Kremlin. Desde su llegada al poder, Vladimir Putin adoptó muchos de sus postulados, combinando la crítica a la hegemonía occidental con la defensa de una identidad civilizatoria propia, en la que Ucrania ocupaba un lugar central.

En la Conferencia de Seguridad de Múnich (2007), Putin marcó un quiebre con la etapa de acercamiento a Occidente y denunció el intento estadounidense de imponer un orden unipolar:

“Un mundo unipolar no solo es inaceptable, sino también imposible en el mundo actual. (...) Lo que se propone hoy es un mundo donde hay un



solo amo, un solo soberano. Y eso, por supuesto, es pernicioso no solo para todos los que se encuentran dentro de este sistema, sino también para el propio soberano, porque se destruye desde dentro”.

Este rechazo a la hegemonía estadounidense y a la expansión de la OTAN coincidía con la lógica primakoviana de la multipolaridad y con el argumento eurasiánista de que Rusia debía afirmarse como civilización autónoma.

Tras la anexión de Crimea en 2014, el discurso del Kremlin incorporó de manera explícita la narrativa del *Ruskiy Mir*. Putin afirmó entonces:

“En los corazones y las mentes de la gente, Crimea siempre ha sido una parte inseparable de Rusia, un símbolo de gloria militar y del orgullo nacional. (...) En Ucrania viven millones de rusos y rusoparlantes, y siempre estaremos dispuestos a defender sus intereses y derechos”.

Meses más tarde, en su mensaje a la Asamblea Federal (4 de diciembre de 2014), reforzó esta visión:

“Para Rusia, el pueblo ruso, la lengua rusa, la cultura rusa son los fundamentos de nuestra unidad. Defenderemos al Ruskiy Mir con todos los medios disponibles”.

Estas palabras condensan la radicalización duginiana del euroasianismo, donde la unidad civilizatoria se convierte en justificación política para la acción estatal.

En la antesala de la invasión a gran escala de Ucrania, en el discurso del 21 de febrero de 2022, Putin volvió a fundamentar su decisión en términos históricos y civilizatorios:

“Ucrania no es solo un país vecino para nosotros. Es una parte inalienable de nuestra propia historia, cultura y espacio espiritual. (...) Los verdaderos rusos y ucranianos forman una misma nación”.



Finalmente, en el discurso del 30 de septiembre de 2022, al anunciar la anexión de Donetsk, Lugansk, Jersón y Zaporiyia, consolidó la narrativa del Kremlin en torno a la defensa de una misión civilizatoria:

“Millones de personas en Donetsk, Lugansk, Jersón y Zaporiyia se convierten para siempre en nuestros ciudadanos. (...) Defendemos nuestra tierra, nuestra cultura, nuestra lengua y el destino de nuestro pueblo”.

El recorrido realizado muestra que el paso de la cooperación al conflicto en la relación entre Rusia y Ucrania no puede comprenderse sin el peso de las ideas euroasianistas. Desde las formulaciones de Trubetskoy y Savitsky hasta las reinterpretaciones de Primakov y la radicalización de Dugin, la política exterior rusa se ha nutrido de un marco ideológico que otorga sentido histórico y civilizatorio a su accionar. Karaganov, Lukyanov e Ivanov, con matices distintos, coinciden en señalar que sin Ucrania Rusia pierde la capacidad de sostenerse como potencia euroasiática y de garantizar un rol central en un sistema internacional en transformación.

Los discursos de Putin entre 2007 y 2022 cristalizan esta convergencia entre teoría e implementación política: rechazo al orden unipolar, denuncia de la expansión de la OTAN, reivindicación de Ucrania como parte del mundo ruso y legitimación del uso de la fuerza en nombre de una misión civilizatoria. En suma, el conflicto con Ucrania no fue solo una reacción estratégica, sino la traducción práctica de un imaginario intelectual y cultural que entiende a Rusia como una civilización distinta, con derecho a defender su espacio vital.



Conclusiones Finales

Este trabajo ha permitido analizar, desde diferentes marcos teóricos y dimensiones, el pasaje de la cooperación al conflicto en la relación entre Rusia y Ucrania. Se examinó primero la evolución de los vínculos bilaterales, luego la interpretación del caso a partir de distintas corrientes de las relaciones internacionales y cómo el realismo neoclásico es la lente más apropiada, según el análisis aquí desarrollado, para comprender el conflicto ruso-ucraniano: cambios en la estructura regional e internacional que condicionaron el accionar de los actores, el peso de las ideas y de los ideólogos rusos en la formulación de la política exterior del Kremlin. A partir de este trayecto, en el presente capítulo se presentan las conclusiones generales del estudio, con especial atención a la hipótesis planteada.

El presente estudio adopta el realismo neoclásico como marco explicativo principal del pasaje de la cooperación al conflicto entre Rusia y Ucrania (2004–2022). El realismo neoclásico recoge la lógica estructural del neorrealismo, pero la somete a los filtros internos —percepciones de élite, capacidad estatal, narrativas— que median entre presión sistémica y acción estatal.

A modo de resumen, se debe mencionar, en primer lugar, la variable independiente, es decir en este caso, la estructura internacional y sus cambios. La dinámica sistémica de posguerra fría, en particular, la expansión de la OTAN hacia el Este y las políticas de asociación de la UE, operó como condición de fondo que alteró el equilibrio de poder regional e hizo verosímil el dilema de seguridad para Moscú. En este análisis se explicó que estos vectores estructurales encuadran el caso mejor que una mirada puramente bilateral. Se puede evidenciar una primacía de la coerción cuando se percibe amenaza existencial, reforzando el trasfondo estructural de la crisis.

Lo estructural por sí solo no determina la conducta, por lo que la variable interviniente son las percepciones rusas. En el marco neoclásico, la traducción doméstica ocurre vía percepciones de élite y marcos ideacionales. Se mencionó cómo la narrativa del *Russkiy Mir* y el europeísmo/eurasianismo rearmaron la



identidad estratégica rusa; y cómo los discursos de Putin (2007–2022), con rechazo a la hegemonía unipolar y a la expansión atlántica, sirvieron para legitimar el uso de la fuerza y “proteger” a rusos/rusoparlantes. Esta percepción de cerco funcionó como mecanismo de mediación que convirtió la presión sistémica en decisiones concretas.

Bajo esa combinación (presión sistémica y percepciones), la variable dependiente es la relación entre Rusia y Ucrania a través del recorte temporal seleccionado. La relación bilateral transitó de la cooperación a la confrontación: Crimea (2014), apoyo al Donbás y la invasión a gran escala en 2022, que en este trabajo se interpreta como intentos de restablecer una posición estratégica perdida bajo el nuevo balance regional. La secuencia temporal y la forma de la respuesta no se explican solo por lo estructural; se aclaran cuando se reintroduce la variable interviniente (percepciones rusas), tal como propone el realismo neoclásico.

Aun cuando las intuiciones neorrealistas iluminan el trasfondo estructural (anarquía, distribución de poder, ampliación de alianzas), no bastan para explicar por qué y cómo Moscú decidió, en ese momento y de ese modo, anexionar Crimea y escalar en 2022. Es allí donde el realismo neoclásico aporta: muestra que las percepciones del Kremlin, la vertical del poder y la narrativa del *Russkiy Mir* tradujeron presiones externas en opciones de política concretas.

El institucionalismo liberal mostró sus límites frente a un actor que no aceptó integrarse en un orden liderado por Occidente, mientras que el neorrealismo brinda la explicación del principal motivo del paso de una relación de cooperación a una de conflicto: cuando las grandes potencias perciben amenazas existenciales a su seguridad y estatus regional, están dispuestas a emplear la fuerza para asegurar su supervivencia.

El realismo neoclásico es la teoría que permite, de forma más acabada, comprender el papel de los factores internos, hechos históricos, percepciones recíprocas, la debilidad ucraniana y la centralización del poder en Rusia, como condicionantes importantes. Permite entender cómo las transformaciones sistémicas son internalizadas por las elites políticas



El tránsito de la cooperación al conflicto en la relación entre Rusia y Ucrania entre 2004 y 2022 confirma que el andamiaje estructural que subraya el neorrealismo resulta necesario pero insuficiente; es el realismo neoclásico el que ayuda a explicar la variación temporal y la forma de la respuesta rusa. En un sistema internacional anárquico, los Estados actúan condicionados por el equilibrio de poder y por la percepción de amenazas existenciales (Waltz, 1979). La expansión de la OTAN y la Unión Europea hacia Europa del Este fue interpretada en Moscú como una alteración intolerable de ese equilibrio, motivando respuestas agresivas para restaurar su influencia. La anexión de Crimea en 2014, el apoyo a los separatistas del Donbás y, finalmente, la invasión a gran escala de 2022 deben entenderse como intentos de restablecer una posición estratégica perdida. En esta dinámica, Ucrania ocupó un rol central: su orientación hacia Occidente representaba para Rusia no solo un retroceso geopolítico, sino la amenaza de perder el núcleo de su identidad civilizatoria y su condición de potencia euroasiática (Brzezinski, 1997; Dugin, 1997).

No obstante, el enfoque neorrealista no termina siendo suficiente para explicar las motivaciones de la clase política rusa para neutralizar, desmilitarizar e influir sobre Ucrania. La dirigencia rusa percibe que una Ucrania alineada constituye una condición *sine qua non* para la supervivencia y el desarrollo del denominado “Mundo Ruso”, lo que convierte a este asunto en una prioridad estratégica para Moscú. Este último punto nos lleva a afirmar que el realismo neoclásico es el prisma más adecuado para comprender las motivaciones rusas. Como se explicó en el Capítulo 5, existe un amplio consenso en el pensamiento estratégico ruso, de diferentes sectores y *backgrounds*, de la relevancia de Ucrania, la tierra donde paradigmáticamente, “el alma de Rusia nace”, a orillas del Río Dnieper.

En síntesis, el caso ruso-ucraniano demuestra que, más allá de instituciones y narrativas, la lógica estructural del poder sigue siendo el motor fundamental de la política internacional contemporánea. A pesar de ello, aquí es donde la “vuelta de tuerca” del realismo neoclásico se vuelve indispensable: este enfoque termina de dar sentido al análisis neorrealista al subrayar cómo las percepciones de las élites, las capacidades estatales y los condicionantes internos median entre la presión estructural y la acción estatal.



A modo de cierre, este abordaje no sólo busca ofrecer una explicación del conflicto analizado, sino también contribuir a la discusión e investigación académica, al plantear la existencia de una dependencia de Rusia respecto de Ucrania, manifestada tanto en el plano estratégico y material como en el identitario. Sin Ucrania, Rusia difícilmente pueda sostener su proyección como potencia euroasiática, dado que perdería la legitimidad histórica y cultural que fundamenta su pretensión de erigirse en un polo autónomo dentro del sistema internacional. Esta conclusión permite afirmar que la guerra no constituye únicamente una reacción defensiva ante el avance de Occidente, sino también la expresión de la necesidad rusa de preservar la base misma de su identidad civilizatoria y de su ambición de grandeza.

El caso ruso-ucraniano ratifica el valor del realismo neoclásico para pasar del “qué” estructural al “por qué/ cómo/ cuándo” de la decisión estatal. Sin esa mediación doméstica, la estructura dice que habrá tensión, pero no nos dice quién escalará, cuándo y con qué narrativa legitimadora.



Bibliografía

- **APPLEBAUM, A.** (2017). *Red Famine: Stalin's War on Ukraine*. Doubleday
- **BAKER, J. A., & GORBACHOV, M.** (1990). *Memorandum of conversation between Mikhail Gorbachev and James Baker in Moscow*. National Security Archive, George Washington University. Retrieved from <https://nsarchive.gwu.edu/document/16117-national-security-archive-memorandum-conversation-between-mikhail-gorbachev-and-james-baker-moscow>
- **BORRELL, J.** (2024). *Speech by High Representative/Vice-President Josep Borrell to deputies in Verkhovna Rada* [Discurso]. Servicio Europeo de Acción Exterior.
https://www.eeas.europa.eu/eeas/ukraine-speech-high-representativevice-president-josep-borrell-deputies-verkhovna-rada_en
- **BRZEZINSKI, Z.** (1997). *The grand chessboard: American primacy and its geostrategic imperatives*. Basic Books.
- **CHARAP, S., & COLTON, T. J.** (2017). *Everyone loses: The Ukraine crisis and the ruinous contest for post-Soviet Eurasia*. Routledge / International Institute for Strategic Studies.
- **CHARAP, S., & PRIEBE, M.** (2023). *Avoiding a long war: U.S. policy and the trajectory of the Russia-Ukraine conflict*. RAND Corporation.
- **CROSS, S. H., & SHERBOWITZ-WETZOR, O. P.** (1953). *The Russian Primary Chronicle: Laurentian Text*. Mediaeval Academy of America. (Fuente primaria clave para la Rus de Kiev).
- **CURTA, F.** (2001). *The Making of the Slavs: History and Archaeology of the Lower Danube Region, c. 500–700*. Cambridge University Press. (Contexto de etnogénesis y debates identitarios tempranos).
- **DICKINSON, P.** (2024). *Putin's history lecture reveals his dreams of a new Russian Empire*. Atlantic Council (UkraineAlert).
<https://www.atlanticcouncil.org/blogs/ukrainealert/putins-history-lecture-reveals-his-dreams-of-a-new-russian-empire/>
- **DICKINSON, P.** (2025). *'All of Ukraine is ours': Putin's Russian imperialism is now on full display*. Atlantic Council (UkraineAlert).



<https://www.atlanticcouncil.org/blogs/ukrainealert/all-of-ukraine-is-ours-putins-russian-imperialism-is-now-on-full-display/>

- **DUGIN, A.** (1997). *The foundations of geopolitics: The geopolitical future of Russia*. Arktogetia.
- **DUGIN, A.** (2009). *Cuarta Teoría Política*.
- **ENCICLOPEDIA BRITÁNICA.** (2025). *Holodomor*.
<https://www.britannica.com/event/Holodomor>
- **FRANKLIN, S., & SHEPARD, J.** (1996). *The Emergence of Rus 750–1200*. Longman. (ed. académica disponible en Routledge/T&F).
- **FREEDMAN, L.** (2019). *Ukraine and the art of strategy*. Oxford University Press.
- **FREEDMAN, L.** (2022). *Command: The politics of military operations from Korea to Ukraine*. Oxford University Press.
- **GALEOTTI, M.** (2014). *Putin's wars: From Chechnya to Ukraine*. Routledge.
- **GALEOTTI, M.** (2022). *Putin's wars: From Chechnya to Ukraine* (Revised ed.). Osprey Publishing.
- **GILES, K.** (2022). *Russia's war on everybody*. Bloomsbury Academic / I.B. Tauris.
- **GLASER, C. L.** (2010). *Rational theory of international politics: The logic of competition and cooperation*. Princeton University Press.
- **GÖTZ, E., & EKMAN, P.** (Eds.). (2024). *Russia's war against Ukraine: Context, causes, and consequences*. *Problems of Post-Communism*, 71(3), 185–190.
- **HASLAM, J.** (2015). *Hubris: The Tragedy of War in the Twentieth Century*. New Haven: Yale University Press.
- **HEIMING, G.** (2023). Rahmenvertrag für bis zu 123 Leopard 2A8 unterschrieben.
- **HILL, F., & STENT, A.** (2022). *The world Putin wants: How distortions about the past feed delusions about the future*. *Foreign Affairs*, 101(5), 108–122.
<https://www.foreignaffairs.com/russian-federation/world-putin-wants-fiona-hill-angela-stent>
- **HRUSHEVSKY, M.** (1997–2014). *History of Ukraine-Rus'* (Vols. 1–10). CIUS Press / HURI. (Proyecto de traducción y notas críticas).



- **HUNTINGTON, S. P.** (1996). *The clash of civilizations and the remaking of world order*. Simon & Schuster
- **IKENBERRY, G. J.** (2001). *After victory: Institutions, strategic restraint, and the rebuilding of order after major wars*. Princeton University Press.
- **IVANOV, I.** (2002). *The new Russian diplomacy*. Brookings Institution Press.
- **KAPITONENKO, M.** (2025). Defining Ukraine's victory in a war against Russia. [paper]. Obtenido de ResearchGate (PDF).
- **KAPITONEHKO, M.** (2016). Managing the Ukrainian crisis: A challenge for European security. *Wschód Europy / East of Europe*, 2(2), 97–112. (PDF).
- **KARAGANOV, S.** (2018). The new Cold War and the emerging Greater Eurasia. *Russia in Global Affairs*, 16(4), 8–15.
- **KARAGANOV, S.** (S/F). *Ukraine and Siberia*. Recuperado de karaganov.ru.
- **KARAGANOV, S.** (2023, junio). *A Difficult but Necessary Decision*. Recuperado de karaganov.ru.
- **KARAGANOV, S.** (2022, septiembre). Let's get it straight — a Patriotic War is on [Entrevista]. Recuperado de karaganov.ru.
- **KARAMZIN, N. M.** (1978). *History of the Russian state* (R. M. Bartlett, Trans.). Ardis. (Trabajo original publicado 1818-1829).
- **KARATNYCKY, A.** (2005). Ukraine's Orange Revolution. *Foreign Affairs*, 84(2), 35–52.
- **KEOHANE, R. O.** (1984). *After hegemony: Cooperation and discord in the world political economy*. Princeton University Press.
- **KISSINGER, H.** (2014). *World order*. Penguin Press.
- **KISSINGER, H.** (2014, March 5). To settle the Ukraine crisis, start at the end. *The Washington Post*.
- **KOFMAN, M., & LEE, R.** (2022). Not built for purpose: The Russian military's ill-fated force design. *War on the Rocks*. <https://warontherocks.com>
- **KOLESNIKOV, A.** (2024). *How the Putin regime subverted the Soviet legacy*. Carnegie Endowment for International Peace (Carnegie Politika). <https://carnegieendowment.org/russia-eurasia/politika/2024/05/putin-anti-soviet-russia>
- **KOZYREV, A.** (1995). *Russia: A Chance for Survival*. New York: Kodansha International.



- **KUZIO, T.** (2015). *Ukraine: Democratization, corruption, and the new Russian imperialism*. Praeger.
- **KUZIO, T.** (2001). Historiography and national identity among the Eastern Slavs: Towards a new framework. *National Identities*, 3(2), 109–132. (Marco comparado sobre narrativas ruso/ucranianas/bielorrusas).
- **LOBELL, S. E., & RIPSAN, N. M.** (2016). *Neoclassical realism, the state, and foreign policy*. Cambridge University Press.
- **LUKYANOV, F.** (2014). The Ukraine crisis and the end of the post-Cold War order. *Russia in Global Affairs*, 12(2), 62–68.
- **LUKYANOV, F.** (2016). Russia in a post-bipolar world. *Russia in Global Affairs*, 14(1), 18–27.
- **MARSHALL, T.** (2017). *Prisioneros de la geografía: Diez mapas que explican todo sobre el mundo*. Barcelona: Ediciones Península.
- **MCBRIDE, J.** (2023). Russia's Influence in the Balkans. *Council on Foreign Relations Magazine*.
- **MCGLYNN, J.** (2023). *Russia's war*. Polity Press.
- **MEARSHEIMER, J. J.** (2001). *The tragedy of great power politics*. W.W. Norton & Company.
- **MEARSHEIMER, J. J.** (2014). Why the Ukraine crisis is the West's fault. *Foreign Affairs*, 93(5), 77–89.
- **MICHTA, A. A.** (2025, 1 enero). *Russia's imperial mindset: Understanding the roots of the Ukraine War*. 19FortyFive. <https://www.19fortyfive.com/2025/01/russias-imperial-mindset-understanding-the-roots-of-the-ukraine-war/>
- **MORAVCSIK, A.** (1997). Taking preferences seriously: A liberal theory of international politics. *International Organization*, 51(4), 513–553.
- **NARIZNY, K., & GLASS, C.** (2023). State capacity, military modernisation, and balancing: A conditional model of state capacity neoclassical realism. *Review of International Studies*, 49(2), 268-288. Cambridge University Press. Disponible en <https://doi.org/10.1017/S0260210522000565>
- **OBAMA, B.** (2014). *Remarks by the President in address to European youth* [Discurso]. Palais des Beaux-Arts, Bruselas, Bélgica. The White House. <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2014/03/26/remarks-president-address-european-youth>



- **OFICINA DEL PRESIDENTE DE UCRANIA.** (2020). *Decreto N.º 392/2020: Estrategia de Seguridad Nacional de Ucrania.* <https://www.president.gov.ua/documents/3922020-35037>
- **PISM – POLISH INSTITUTE OF INTERNATIONAL AFFAIRS.** (2020). *Ukraine's New National Security Strategy.*
- **PLOKHY, S.** (2015). *The gates of Europe: A history of Ukraine.* Basic Books.
- **PLOKHY, S.** (2023). *The Russo-Ukrainian war: The return of history.* W.W. Norton & Company.
- **PLOKHY, S.** (2006). *The Origins of the Slavic Nations: Premodern Identities in Russia, Ukraine, and Belarus.* Oxford University Press.
- **PLOKHY, S.** (2017). *Lost Kingdom: The Quest for Empire and the Making of the Russian Nation.* Basic Books.
- **PUTIN, V.** (2007, 10 de febrero). *Speech and the Following Discussion at the Munich Conference on Security Policy.* Kremlin. <https://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/24034>
- **PUTIN, V.** (2014, 18 de marzo). *Address by President of the Russian Federation.* Kremlin. <https://en.kremlin.ru/events/president/news/20603>
- **PUTIN, V.** (2014b, 4 de diciembre). *Presidential Address to the Federal Assembly.* Kremlin. <https://en.kremlin.ru/events/president/news/47173>
- **PUTIN, V.** (2022, 21 de febrero). *Address by the President of the Russian Federation.* Kremlin. <https://en.kremlin.ru/events/president/news/67828>
- **PUTIN, V.** (2022b, 30 de septiembre). *Address by the President of the Russian Federation on Accession of New Territories to Russia.* Kremlin. <https://en.kremlin.ru/events/president/news/69465>
- **ROSE, G.** (1998). Neoclassical realism and theories of foreign policy. *World Politics*, 51(1), 144–172.
- **RIPSMAN, N. M.** (2017). Neoclassical realism and post-Cold War international relations. *Journal of Strategic Studies*, 40(3), 327–350.
- **SAENZ, A.** (1989). *De la Rus de Vladimir al Hombre Nuevo Soviético: la Misión Providencial de Rusia en la Historia.* Editorial Gladius.
- **SAKWA, R.** (2015). *Frontline Ukraine: Crisis in the borderlands.* I.B. Tauris.
- **SAROTTE, M. E.** (2021). *Not one inch: America, Russia, and the making of post-Cold War stalemate.* Yale University Press.
- **SAVITSKY, P. N.** (1925). *Kontinent-Evraziya.* Eurasian Review, 1(1), 3–24.



- **SAVITSKY, P. N.** (1927). *Geograficheskie osobennosti Rossii*. Paris: Eurasian Publications.
- **SHEVTSOVA, L.** (2014). *Putin's attempt to recreate the Soviet empire is futile*. Carnegie Endowment for International Peace. <https://carnegieendowment.org/posts/2014/01/putins-attempt-to-recreate-the-soviet-empire-is-futile>
- **SHEVCHENKO, S.** (2025). Ukraine is accumulating debts: reasons and consequences. *Euro-Atlantic Ukraine Magazine*.
- **SHUSTER, S.** (2021). 'They Want the West to Be Frightened.' *Ukraine's President on Why Russia Sent Troops to the Border* (Revista Times).
- **SNYDER, T.** (2018). *The road to unfreedom: Russia, Europe, America*. Tim Duggan Books.
- **SONIN, K.** (2024). *Modern imperialism and the origins of the Russia-Ukraine war* (BFI Working Paper). Becker Friedman Institute, University of Chicago. <https://bfi.uchicago.edu/working-papers/modern-imperialisms-and-the-origins-of-the-russia-ukraine-war/>
- **SUSLOV, M.** (2018). *Russia's ideology of empire and the politics of the Ruskiy Mir*. Lexington Books.
- **TRENIN, D.** (2022). Russia's policies toward Ukraine: The context, evolution, and outlook. *IPRI Journal*, 22(2), 29–52. <https://doi.org/10.54321/iprij.v22i2>. (PDF abierto).
- **TURCU, I.** (2023). The rationale behind the Russian invasion of Ukraine: all-or-nothing?. *Eastern Journal of European Studies*, 14(2), 119-137. Disponible en <https://ejes.uaic.ro>
- **TRUBETSKOY, N. S.** (1920). *Europe and Mankind*. Sofia: Eurasian Publications.
- **WALT, S. M.** (1987). *The origins of alliances*. Cornell University Press.
- **WALTZ, K. N.** (1979). *Theory of international politics*. Addison-Wesley.
- **WILSON, A.** (2015). *The Ukrainians: Unexpected Nation* (4.^a ed.). Yale University Press.
- **ZABIRKO, O.** (2020). Imagining the nation: Cultural identity and nationalism in Ukraine. *Nationalities Papers*, 48 (5), 789–805.



- **ZAKARIA, F.** (1998). *From Wealth to Power: The Unusual Origins of America's World Role.*